

EL DISCÍPULO DE FRANKENSTEIN

CURTIS GARLAND

Aferró una sábana más, la tercera mesa a su derecha. Tiró violentamente, encarándose con otra macabra hilera de cuerpos ya cosidos por los precipitados cirujanos de la autopsia, descuidadamente, como si fuesen odres en vez de envolturas humanas…

Una de esas figuras no era un cadáver devuelto por el Pabellón de Anatomía Forense. Por el contrario, vestía enteramente de negro, con ropas muy ceñidas. Yacía tendido entre dos helados cuerpos, sin importarle que el brazo de uno rozara su propio cuerpo, y una helada nariz casi se pegara a sus cabellos.

Gritó roncamente el vigilante nocturno, alzando su pistola contra el intruso.

Éste fue más rápido, apenas saltó sobre sí mismo, como movido por un juego de muelles, para mover su enguantada mano derecha y pegar un tajo bestial en pleno rostro del guardián, con un cuchillo largo y ancho como un machete.

El alarido del infortunado conserje fue terrible, cuando su cara, virtualmente, se partió en dos, diagonalmente, allí donde el tremendo filo se hincara. La sangre saltó violenta, le cegó por completo, y salpicó de rojo las sábanas y los cuerpos céreos de los difuntos…



Curtis Garland

El discípulo de Frankenstein

Bolsilibros: Selección Terror - 10

ePub r1.0

Titivillus 08.01.15

Título original: *El discípulo de Frankenstein*
Curtis Garland, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

—Me angustia el pensar que el ser que he creado pueda vivir para ser sólo un instrumento del Mal, pero, por otra parte, esta hora en que de un momento a otro espero emprender el viaje eterno, es la única felicidad que he tenido en varios años… Busque usted la felicidad, amigo mío, dando la espalda a toda ambición aunque ésta pueda presentarse bajo el deseo aparentemente inocente de ser un gran científico… Más, ¿por qué digo yo esto? Muero sacrificado por esperanzas semejantes, pero otros quizá tengan éxito algún día…

Frankenstein, de Mary Wollstonecraft Shelley. Edición de 1831

CAPÍTULO PRIMERO

El viajero de los Estados Unidos

El *George Washington* llegó a El Havre una fría mañana de aquel crudo invierno de 1851.

Muchos fueron los viajeros que descendieron del buque que cruzaba el Atlántico, entre América y Europa, durante largas jornadas de travesía, no siempre apacible ni desprovista de incidentes.

Entre los ciudadanos norteamericanos que exhibieron su pasaporte en la aduana francesa, para resolver los trámites previos a la entrada en el país, Morris Levin no ofrecía ninguna particularidad especial, salvo el hecho de haber sufrido graves quemaduras en un incendio, en Nueva York, conforme indicaba el correspondiente certificado médico que mostró a las autoridades de El Havre, y que justificaban sobradamente la presencia de los vendajes en su cabeza y parte del rostro inexpresivo, rígido, sin duda a causa también del fuego donde estuviera a punto de perecer. Debajo de sus guantes de piel, también eran visibles vendajes, ciñendo sus muñecas.

—Eh, bien, *monsieur*, usted fue muy afortunado en medio de la desgracia, cuando ha podido sobrevivir a semejante desastre.

—Sí, creo que si —habló con voz ronca el hombre, invisibles sus ojos tras las gafas de gruesos vidrios oscuros—. Muy afortunado, señor.

Recogió su maleta, y se dispuso a emprender la marcha hacia la salida de viajeros, cuando el prefecto, siempre cortés, se creyó en la obligación de hacer una pregunta amable:

—Por cierto… ¿va a trabajar usted en Francia, o acaso tiene familia…?

—Tengo parientes en París, señor —fue la fría respuesta—. De

cualquier modo, dispongo de medios de fortuna propios, y de una carrera terminada. Soy médico, señor, aunque no ejerzo habitualmente porque no lo preciso para vivir…

—*Tres bien, monsieur. Bon voyage á Paris… et bienvenue a la France* —le deseó el prefecto.

El viajero norteamericano Morris Levin se limitó a hacer una inclinación de cabeza, tocó el borde de su sombrero de alta copa de peluche oscuro, mate, que cubría su vendada cabeza, y partió con firme caminar, por entre viajeros, equipajes y gendarmes de indiferente expresión.

Era un hombre alto, arrogante, enjuto, cuya forma de caminar indicaba distinción. Algo no muy frecuente en los americanos, pensó el prefecto, con mentalidad rígidamente europea. Sus ropas tenían que ser caras, y cortadas por uno de los mejores sastres de Nueva York, de eso sí entendía el prefecto de policía de El Havre. En cuanto a la edad del ciudadano americano Morris Levin, debía atenerse a lo que decía su pasaporte, puesto que lo que viera del rostro del americano, resultaba totalmente nulo para hacer cálculo alguno, ya que tenía la epidermis dura y brillante, como si fuese cera o cartón pulimentado, o cosa parecida, a causa del terrible incendio en el que estuvo a punto de perecer. El viajero tenía, según su pasaporte, treinta y siete años.

—Parece más joven —reflexionó el policía francés. Y luego, al atender al siguiente viajero del *George Washington*, todo eso pasó al olvido.

Y no pudo sospechar que una terrible cadena de horrores, de espantos indescriptibles, acababa de iniciarse, con la inocente llegada a Francia de un viajero elegante, procedente de los Estados Unidos de América…

* * *

El conserje nocturno suspiró, consultando su reloj de bolsillo.

Eran solamente las dos y veinte minutos de la madrugada. Demasiado pronto aún para su relevo. Éste no se produciría hasta las seis en punto.

Tomó un sorbo de café y se puso en pie, recogiendo el farol de

petróleo que reposaba sobre la mesa. Graduó su llama, elevándola algo más. Fuera del pequeño y sórdido cubículo de su albergue de noche, la luz sería más escasa, ya que al menos en aquel cuchitril tenía los dos brazos de la lámpara de gas, brillando difusamente en la noche.

Fuera, el edificio casi siempre permanecía oscuro, salvo alguna que otra luz de gas, brotando del muro como un brazo esquelético que aferrase una llama. Y después de todo, ¿para qué más gasto de gas, con los ocupantes de aquel establecimiento? Que él supiera, los muertos no necesitan luz.

Y en la Morgue, exceptuándole a él, todos estaban muertos.

Muertos. Alineados allí, en las mesas de mármol. Bajo las sábanas algunos. Otros, ni siquiera tenían una tela para cubrir piadosamente su horrible palidez grisácea, sus ojos dilatados, su rostro convulso y la rigidez de su cuerpo helado. Sobre todo, cuando había exceso de «clientes», como esta noche, tras el trágico hundimiento de la vieja casona de la rué Poliveau.

Sí. Demasiados cadáveres en el depósito. Las mesas estaban atestadas. Había ancianos, mujeres, niños…

Torció el gesto. Llevaba quince años en la Morgue, pero seguía sin gustarle el trabajo. No era agradable pasearse entre todos aquellos cuerpos.

Empezó la ronda. Solamente haría ésta y otra más. No era preciso darse tantos paseos durante la noche. Incluso podría dar una cabezadita. Allí no había nadie vivo más que él. En ocasiones, había habido gente que se atrevió a penetrar allí. Casi siempre chiflados, médicos o estudiantes de medicina, para robar algún cuerpo y experimentar con él. Pero últimamente no sucedía nada parecido. Había quien tenía el mal gusto de sugerir que muchos preferían elegir a su cadáver en vida, matarle de un hachazo o de un buen golpe, y luego llevárselo a algún oculto laboratorio para investigar. Decían que era más sencillo. Y, ciertamente, teniendo en cuenta la oscuridad de la noche, las escasas y espaciadas luces, y la neblina que acostumbraba a formarse en las orillas del Sena, no les faltaba razón a los que así hablaban. Era más fácil secuestrar y asesinar a un vivo, que robar a un muerto del Depósito Municipal de Cadáveres de París, la famosa y tétrica Morgue.

Silbando entre dientes una tonada callejera, muy popular en

Montmartre, el vigilante de noche se encaminó corredor adelante, entre luces macilentas, difusas, logrando en torno un halo de claridad amarilla, gracias a su farol de petróleo.

El hombre caminó pesada, perezosamente, con la indiferencia que proporciona la rutina, a través de aquellos corredores silenciosos, de oficinas desiertas, como panteones polvorientos. Legajos, archivadores y despachos, hablaban solamente de difuntos en sus papelotes. Allí, la gente, sólo iba a hablar acerca de alguna muerte, de algún accidente, de autopsias, de personas sin identificar, y cosas así.

Llegó al depósito, propiamente dicho. Una puerta vidriera, esmerilada, indicaba que estaba cerrado el acceso a toda persona ajena a los servicios de la Morgue. Eso, naturalmente, no rezaba con el conserje de noche. Éste extrajo un manojo de llaves, y abrió la puerta. Entró en el tétrico recinto.

Como al conjuro del frío reinante en el vasto salón de altísimo techo, osciló la llama en su lámpara, haciendo bailotear de forma siniestra las siluetas de los cuerpos tendidos en las mesas.

Un niño de ojos desorbitados y negras ojeras, amarillento como la cera, parecía contemplarle desde su helado mundo de sombras, allí tendido, junto a una mujer, cuyo brazo derecho había sido arrancado de cuajo en el derrumbamiento, y exhibía un muñón oscuro, sanguinolento, a la altura del hombro.

Piadosamente, el conserje intentó cerrar los ojos de la criatura. Puso sus dedos en los helados párpados, y éstos descendieron a su presión… para volver a abrirse, dejando otra vez los dos globos pálidos de aquella mirada tremenda, fija en el empleado.

Éste meneó la cabeza, renunciando a hacer nada por evitarlo, y siguió adelante, silbando su cancioncilla populachera, de *music-hall*, mientras deambulaba entre las docenas de cadáveres alineados, con o sin sábana encima de su helada desnudez.

Era un recorrido rutinario y sin interés alguno. Lo hacía cada noche, en cuatro ocasiones espaciadas, y nunca sucedía cosa alguna especial. Ante él, de repente, un cuerpo sin vida se irguió, con un respingo, envuelto en su sábana fantasmal, y al deslizarse ésta, exhibió su cráneo cosido tras la autopsia, su rostro tumefacto, deforme, con un ojo saltado y otro casi colgando, tras el accidente que sufriera bajo una locomotora, en la Gare de Saint-Lazare.

No era un espectáculo grato, ni el hecho lo hubiera soportado un profano sin sentir sus cabellos erizados y sin emitir un alarido de horror. Pero el viejo empleado de la Morgue era veterano en tales lides.

Rió entre dientes, y empujó el cuerpo atrás, echando la sábana encima. Sacudió la cabeza, al verle inmóvil otra vez.

—Esos gases… Al tipo, incluso después de la autopsia se le han mantenido en el cuerpo… El pobre diablo no volverá a sentarse más, eso seguro…

Llegó al final del amplio depósito, caminando pesadamente. Se detuvo delante del último mármol, donde yacía habitualmente el cadáver que entrara más recientemente en el siniestro edificio.

Era el de una mujer joven, casi virginal. Extraída de las aguas del Sena, a la altura del puente de Austerlitz, junto al Quai de Saint-Bernard. Parecía una desnuda estatua de pálida piedra, tendida en reposo eterno. Sin huellas de violencia, salvo las producidas por la asfixia en el agua, que no eran muchas.

Meneó la cabeza. Él tenía una hija de esa edad, aproximadamente. No le hubiera gustado verla así. Se acercó a contemplarla mejor, desde los rubios cabellos, todavía húmedos, hasta sus bonitas piernas estiradas, ya frías al tacto.

De súbito, el viejo conserje se estremeció. Se puso en guardia, con una repentina sensación de inquietud y sorpresa. Sus ojos, más allá del joven cuerpo sin vida, se fijaron en el ventanal de vidrio asomado a la luz azulada, fantasmal y triste, de la calleja posterior de la Morgue, apenas un pasaje entre el depósito y el Pabellón de Anatomía forense del municipio de París.

Un vidrió estaba roto en redondo, cortado con un diamante, y vuelto a pegar con adhesivo. La falleba de cierre aparecía colgando. Eso significaba algo: *alguien*» había entrado en la Morgue. Alguien estaba aún allí, posiblemente. Entre los muertos…

Las cosas habían cambiado ahora. Ya no se trataba solamente de difuntos. Dentro del depósito podía haber alguien. No es que hubiera mucho que robar allí. Sólo cadáveres. Pero la ley era tajante: había duras penas de prisión para los ladrones de cuerpos sin vida. Y un posible despido para el funcionario que permitiera el robo de un cadáver, estando de guardia.

Extrajo la pistola de su cartuchera. Miró en derredor, muy

alerta, tras amartillar el arma, dispuesto a todo. Alzó el fanal, haciéndole describir un círculo. Alrededor suyo, las sombras bailotearon, como si los muertos iniciasen una espeluznante danza macabra en la lóbrega sala del depósito. Pero bien sabía él que los muertos no se moverían. Eran los vivos los que le preocupaban. Uno, en especial: el intruso que rompió silenciosamente el vidrio, introdujo el brazo accionando la falleba de cierre, e introduciéndose en el recinto, teniendo buen cuidado de adherir otra vez el círculo de vidrio desgajado con un diamante.

Se acercó a una mesa. Tiró de la sábana bruscamente, sin importarle que debajo aparecieran cuerpos espantosamente mutilados, los cadáveres más dañados del hundimiento de rué Poliveau. Allí yacían ancianos, mujeres y niños, algunos faltos de miembros o extremidades. Otros, incluso decapitados limpiamente por las vigas del edificio.

Pero ni rastro del visitante nocturno.

Avanzó, decidido. Una segunda sábana reveló una hilera de difuntos de céreo color, rostros estirados y algodones taponando su nariz para evitar desagradables hemorragias internas del cuerpo descompuesto. Pero tampoco había ninguna persona viva entre ellos.

Aferró una sábana más, la tercera mesa a su derecha. Tiró violentamente, encarándose con otra macabra hilera de cuerpos ya cosidos por los precipitados cirujanos de la autopsia, descuidadamente, como si fuesen odres en vez de envolturas humanas…

Una de esas figuras no era un cadáver devuelto por el Pabellón de Anatomía Forense. Por el contrario, vestía enteramente de negro, con ropas muy ceñidas. Yacía tendido entre dos helados cuerpos, sin importarle que el brazo de uno rozara su propio cuerpo, y una helada nariz casi se pegara a sus cabellos.

Gritó roncamente el vigilante nocturno, alzando su pistola contra el intruso.

Éste fue más rápido, apenas saltó sobre sí mismo, como movido por un juego de muelles, para mover su enguantada mano derecha y pegar un tajo bestial en pleno rostro del guardián, con un cuchillo largo y ancho como un machete.

El alarido del infortunado conserje fue terrible, cuando su cara,

virtualmente, se partió en dos, diagonalmente, allí donde el tremendo filo se hincara. La sangre saltó violenta, le cegó por completo, y salpicó de rojo las sábanas y los cuerpos céreos de los difuntos…

El agresor no parecía conforme con eso. Apenas el conserje disparó su pistola sobre él, rozando la bala sus cabellos, sin herirle, lanzó otro tajo hacia su garganta. Con tan mortal precisión, que la hendió de lado a lado. La cabeza del viejo empleado pendió lateralmente, y una bocanada escarlata lo tiñó todo de vivo color, incluso las oscuras ropas del asesino.

Frío, despiadado, éste vio caer hacia atrás al vigilante, y todavía se inclinó a rematarle con feroces golpes de arma blanca, que ya eran inútiles, puesto que su víctima estaba tan carente de vida como los demás silenciosos habitantes de la Morgue.

Jadeando, se incorporó. Limpió el arma temible en la sábana, y la enfundó en una vaina de negro cuero que llevaba al cinto. Luego, se agachó tras la mesa donde se ocultara, y tomó un macferlán negro, amplio, y un sombrero de chimenea de igual color. Se puso ambas prendas, ocultando así las manchas de sangre de sus ropas interiores. Avanzó hacia la última mesa, donde yacía el virginal cadáver de la muchacha rubia.

De otro rincón, extrajo un amplio saco o bolsa de tejido negro, resistente y fuerte. Introdujo en él aquel rígido cadáver femenino. Ató la extremidad. Fue hasta la vidriera, la abrió sin dificultades, y asomó al exterior.

La noche parisina era brumosa, triste, fría y azulada. Lejanas luces amarillentas dibujaban halos espectrales de claridad. Un silbato lejano sonó, estridente. Algún gendarme había escuchado el disparo de pistola dentro de la Morgue. Pronto llegarían los carruajes de la policía parisina.

Pero él tenía tiempo. No perdió la calma ni el control de sus bien templados nervios. En vez de ello, salió tranquilamente al empedrado mojado, charolado, de la callejuela. Depositó a sus pies el cuerpo envuelto en tejido oscuro. Emitió un silbido suave, repetido tres veces.

De una esquina, llegó el ruido de pisadas de caballos. Un fiacre negro apareció, tirado por dos animales. Se acercó a él. La voz susurrante del asesino, apremió al postillón, envuelto en negras

ropas:

—¡Rápido, no hay tiempo que perder, Laszlo!

—Sí, señor —respondió una voz sumisa, desde el pescante—. ¿Todo bien?

—Todo bien —tiró dentro del carruaje, con poderoso esfuerzo, el bulto oscuro. Luego, subió de un salto él mismo, sentándose en el asiento, tras situar debajo de éste su lúgubre envoltorio.

El vehículo arrancó a buen trote, perdiéndose en la noche.

Cuando la *gendarmerie* acudió al Depósito Municipal de Cadáveres y localizó el horrible espectáculo de la sala destinada a depositar los cuerpos sin vida, ya era demasiado tarde. El caballero del macferlán negro, en su fiacre conducido por un hombre llamado Laszlo, estaba lejos, muy lejos de allí.

Justamente ante una puerta recia y señorial, de llamador de bronce, en una residencia suntuosa del Quai de Passy, no lejos del puente de Grenelle.

En el muro, una placa de metal dorado exhibía un rótulo elocuente:

MARTIN GRINDWALD, PROFESOR EN CIENCIAS BIOLÓGICAS

Cuando esa puerta se abrió, el negro bulto fue introducido en la casa por el viajero del macferlán oscuro y su postillón llamado Laszlo. Luego, la puerta se cerró herméticamente, las luces se apagaron. Y nadie, en torno a la finca, ni en las calles vecinas ni en los jardines de Passy, advirtió el hecho.

Unos ojos indescifrables, tras unos vidrios oscuros, habían asistido a la escena, desde detrás de unos setos. Y bajo una epidermis tensa, extrañamente rígida y paralizada, brotó una breve risita burlona, casi triunfal.

Los ojos se fijaron en aquella placa de metal dorado, con un solo nombre: Martin Grindwald, profesor en Ciencias Biológicas…

CAPÍTULO II

—¿Qué supone usted, comisario Dorlacq?

—¿Qué quiere que opine, Fisher? Usted mismo lo está viendo. Un crimen es siempre un crimen. En su país o en el mío…

—No me refería a eso —Stuart Fisher se detuvo ante el cuerpo bañado en escarlata del desventurado vigilante de noche—. Hablaba del hecho en sí. Matar al vigilante de una industria o de un Banco, tiene clara explicación. Se busca dinero, algo de valor. Como asaltar una joyería, pongamos por caso. Pero entrar clandestinamente en…, en la Morgue… y matar a un anciano empleado… ¿tiene algún sentido para usted, comisario?

—Tiene uno muy especial, Fisher: el que entró aquí no venía a robar joyas o dinero, sino la única mercancía que existe en este lugar.

Fisher se volvió. Examinó de una ojeada el amplio recinto encristalado, repleto aún de formas envueltas en sábanas. Se estremeció.

—¿Cadáveres? —Fue su pregunta.

—Cuando menos, un cadáver —masculló el comisario Marcel Dorlacq, de la Sureté de París. Extendió la mano, señalando con un rígido índice a la última mesa—. Aquél.

Stuart Fisher miró en esa dirección. Sacudió la cabeza.

—No hay nada allí —dijo.

—Pero lo había. Un cadáver.

—¿Qué clase de cadáver, comisario? —Se intrigó profundamente Fisher.

—El de una mujer. Una chica joven. Una suicida sacada del Sena. Sin familia, al parecer. Se llamaba Denise. Sabemos eso porque llevaba su nombre en una pulsera. Nadie reclamó su cuerpo, pese a que anunciamos el hecho en los diarios matutinos y vespertinos. Ahora…

—Ahora, se lo han llevado —Stuart Fisher se rascó los cabellos castaños, rebeldes y abundantes, con la extremidad de su lápiz—. ¿Por qué, comisario?

—Me gustaría tener una respuesta para esa pregunta suya, mi joven amigo —resopló el policía francés—. Pero no la tengo. No sé qué pensar.

—¿Acaso se mató por amor, y el enamorado tuvo luego una reacción desesperada y…?

—Pudiera ser —convino con escepticismo el comisario. Sus ojos astutos estudiaron el cuerpo del empleado muerto—. Pero dudo que un enamorado llegue a tanto por robar el cuerpo de su amada. Ese arma utilizada fue terrible. Cualquiera de sus tajos era mortal de necesidad. Se ensañó ferozmente con su víctima. No, Fisher. Me inclino por una hipótesis menos sentimental y mucho más siniestra…

—¿Cuál, comisario?

—En su país no creo que abunde la especie, pero esto no es América, sino Europa. Y existen gentes nauseabundas, como esos científicos que operan con cadáveres… Médicos, cirujanos, estudiantes, biólogos…

—Creo entender. Ladrones de cadáveres, con miras científicas…

—Más o menos científicas, diría yo —masculló de mala gana Dorlacq—. Existe una manía obsesiva por estudiar la naturaleza humana practicando disecciones y cosas así. Hay personas que han llevado esa curiosidad científica a límites monstruosos. La ley es lo más dura que puede con semejantes individuos, pero… desgraciadamente, no es como coger rateros o rufianes de los bajos fondos. Los que hacen esto son gente de posición social, de medios de fortuna, de consultorios costosos, de laboratorios bien dotados. No están fichados, no son sospechosos. Y si alguno lo fuese y se me ocurriera ponerle la mano encima y llevármelo a la Jefatura, se organizaría tal revuelo, que posiblemente llegase a perder yo mi puesto.

—Sí, esas cosas suceden en todas partes. Lo mismo en París que en Nueva York —rió Stuart Fisher, el joven periodista norteamericano.

—Hum, no sé… —dudó Dorlacq, paseando por el depósito—. Usted no conoce bien esto, Fisher. Ha venido de su país por gusto, a

desempeñar la corresponsalía del *New York Times*, y porque su tío es uno de los accionistas de ese periódico. Allí, en América, las cosas son muy diferentes a Europa. Es un país joven, de ideas sanas y renovadas. Aquí tenemos demasiado polvo, demasiadas telarañas…, incluso en el cerebro. Y se producen monstruosidades así. Recuerde, si no, a un *ilustre* vecino de nuestro país: el doctor Víctor Frankenstein…

—Frankenstein… —enarcó Fisher las cejas—. ¿Existe, realmente?

—Existió, amigo mío. Existió. Sé que hay un libro por ahí, pero puedo asegurarle que existió y que pasó por París también, cuando iba a la caza de *su* criatura… Mi padre era policía como yo. Y conoció al doctor Víctor Frankenstein, el científico suizo que robaba cadáveres para crear un nuevo Prometeo. ¡Cielos, y qué Prometeo…! Gentes como ese demente, han dado la herencia actual.

—De todos modos, Frankenstein ha muerto hace años. No creo que nadie piense en…, en repetir su obra —comentó Stuart Fisher, todavía escéptico en cuanto a ese tema.

—Yo no estaría tan seguro —masculló de mala gana el comisario Dorlacq, encaminándose hacia la salida del desagradable lugar—. Vamos, amigo mío. Será mejor irse cuanto antes de aquí. Empiezo a sentir frío…

Salieron los dos del depósito, alejándose por los largos y lóbregos pasillos de la Morgue. Sus pisadas resonaban como en la cripta de un enorme panteón. El joven periodista americano miró de soslayo a su acompañante. Se mostró interesado ahora:

—¿Adónde va, comisario? —Quiso saber—. ¿Tiene alguna idea?

—Una sola, Fisher. Aunque sé de antemano que no va a darme el menor resultado: poseo una lista minuciosamente hecha, con los nombres y actividades de los principales cirujanos, médicos e investigadores residentes en París. Puede suceder que el asesino de la Morgue sea alguien de fuera de la ciudad, pero eso es algo que no podemos saber de antemano. Iré a ver a todos ellos, siquiera sea para estudiar sus reacciones.

—Comisario, ¿podría acompañarle yo?

—¿Usted? —Se paró en seco el policía—. Fisher, a esos caballeros no iba a gustarles que un periodista de Nueva York les

visitara por simple curiosidad profesional…

—¿Por qué he de ser un periodista? —Sonrió Stuart Fisher—. Lléveme como uno de sus agentes no uniformados. No necesito hablar, para que no descubran mi horrible francés. Y no sospecharán nada, estoy seguro.

—Su francés no es tan malo, Fisher. Pero ¿realmente cree que debo hacer eso, sólo porque mi hija se hizo amiga suya en su viaje a los Estados Unidos, el pasado año, y ahora le invitó a usted a gozar de nuestra hospitalidad en París, amigo mío? Si los reporteros de mi país se enteran de que hago distinciones a un extranjero, me pondrían de vuelta y media en sus diarios.

—Sí, lo comprendo —suspiró Fisher, bajando la cabeza—. Perdone. No debí decir eso. Pero no culpe de ello a Yvette, se lo ruego. Toda la culpa ha sido mía. A veces, voy demasiado lejos.

El rostro ancho y curtido del comisario Dorlacq se dulcificó un tanto, mientras contemplaba a su joven amigo. Luego, hizo un enérgico movimiento de cabeza y sentenció:

—Está bien, muchacho. Correré el riesgo, y que Dios me proteja. Venga conmigo a ver a esos caballeros…, o lo que sean.

La mirada gris, acerada y aguda, del joven Fisher, se iluminó.

—Gracias, señor —dijo escuetamente.

* * *

—¿Martin Grindwald? Yo mismo, comisario… —el rostro rubio, enérgico, de fría mirada azul, del hombre vestido con bata blanca, reveló cierta extrañeza ante su visitante—. Usted me dirá a qué debo el honor…

—Es fácil, profesor Grindwald. Usted no es, naturalmente, la única persona a quien visitamos hoy. Estoy tratando de averiguar, a través de ustedes, quién pudo ser el responsable de un horrible suceso…

—¿Un suceso? —Las cejas doradas del joven profesor se enarcaron. Los ojos azules revelaron sorpresa e incertidumbre. Hundió las manos en los bolsillos de su bata blanca, y añadió cortésmente—: Creo no comprender…

—Sé que el hecho no puede estar relacionado en absoluto con

usted, profesor —habló con diplomacia Marcel Dorlacq—. Es más, estoy seguro de ello. Pero sus indicaciones podrían serme útiles, sin faltar a sus normas de ética profesional, para dar, tal vez, con el responsable de lo que sucedió anoche en la Morgue.

—¡La Morgue! ¿Se refiere al depósito de cadáveres, comisario?

—Exacto. Allí asesinaron a un hombre: al vigilante nocturno.

—Sigo sin ver el menor sentido en todo eso… —comentó Grindwald secamente.

Stuart Fisher, silencioso, sus brazos a la espalda, frío y hermético como un auténtico inspector de la Sureté, se limitaba a escuchar, sirviendo de escolta a Dorlacq, junto con un gendarme uniformado.

—Además de matar al vigilante… robaron un cadáver. El de una bella joven suicida. ¿Va comprendiendo, profesor?

—Sinceramente, no. Un crimen, un cuerpo robado… ¿Qué espera que haga yo en su favor?

—Nuestra teoría es que un médico, un cirujano o un investigador, ha robado ese cuerpo, el más reciente y en mejores condiciones para experimentación, disecciones y cosas así. Usted sabe que hechos así se han cometido anteriormente con harta frecuencia, y nada se pudo descubrir… Me gustaría su opinión profesional al respecto. ¿Cree usted que alguien, un colega suyo, pudo cometer el hecho? ¿Ha oído hablar en alguna ocasión de un científico empeñado en cosas semejantes? Usted lleva varios años en Francia, según creo…

—Ocho —dijo secamente el profesor Grindwald—. Pero me temo no poderle decir nada.

—¿Absolutamente nada?

—Absolutamente nada. Imagínese, comisario. Sospechar es difícil… y peligroso. Yo podría tener mis dudas sobre alguien, haber oído rumores, simples murmuraciones… ¿Podría, con esos simples indicios, dar un paso tan grave como sería el de acusar a… a un posible inocente?

—Comprendo su postura, profesor. No le exijo evidencias, pruebas ni afirmaciones. Sólo… una orientación, por leve que sea.

—Lo siento. No puedo —sacudió enérgico la cabeza—. No sería ético. Ni siquiera razonable. Lo único que puedo asegurarle… es que yo no he robado cuerpo alguno. Puede registrar mi casa, mi laboratorio, mis dependencias todas, sin necesidad de autorización

judicial siquiera…

—¿Registrar? ¿Autorización judicial? ¿De qué hablas, querido?

Fisher y el policía miraron hacia el nuevo personaje. Grindwald giró la cabeza a su vez, y sonrió dulcemente a la dama que había aparecido, majestuosa, altiva como si fuese la propia imagen de la aristocracia o de la realeza.

Era rubia, muy rubia, de pelo casi plateado. Hermosa, de larga melena suave, sedosa, lisa, que enmarcaba un rostro ovalado, bellísimo, de labios bien dibujados, de recta nariz y ojos profundos, extraños, fijos y muy verdes.

Alta estatura, ropas largas, ceñidas en su cintura y cadera, amplias en la falda, ajustadísimas en su seno, de escote amplio y espléndido, resultaba por todo ello una mujer tan fascinante como dominadora.

—Mi querida Ilonka, no es nada importante —trató de contemporizar Grindwald, tomando sus manos largas, marfileñas, aristocráticas, en las que brillaban solamente dos anillos: un aro simple, de oro, y una sortija con una piedra oscura, ovalada y sin brillo aparente—. Estos caballeros son de la Sureté y vinieron a conversar conmigo…

—¿Sureté? —repitió ella, sorprendida. Su mirada se clavó en Dorlacq, luego en Fisher y, extrañamente, permaneció más tiempo en el joven y falso policía que en el comisario. El americano notó lo penetrante, afilado de aquella mirada, como taladrándole el cerebro. O intentándolo, al menos. Trató de mostrarse frío, inexpresivo. Ella añadió—: Son policías, querido…

—Claro que son policías —sonrió el profesor—. Pero no vienen por ninguna cosa que nos afecte a nosotros, sino en busca de posibles datos. Datos que yo, desgraciadamente, no puedo proporcionarles. Comisario, mi esposa Ilonka, de soltera Ilonka Wattenburg, suiza como yo. Nos hemos casado hace solamente tres meses. Una semana atrás, terminó nuestra luna de miel…

—Es un placer conocerla, señora. Y de veras siento haberles molestado —se excusó Dorlacq, algo cohibido—. Pero su nombre entraba en mi lista de posibles colaboradores y…

—Me duele no responder a sus esperanzas. Sólo confío en que me comprenda. No puedo repetir habladurías entre profesionales, ni simples chismorreos de club…

—Lo comprendo muy bien. De todos modos, gracias, y perdón por la molestia, profesor. Ha sido un honor. Señora… —se inclinó, cortés—. Comisario Dorlacq, de la Oficina Criminal, a su disposición. Adiós, profesor…

—Buenas tardes, comisario —se despidió, cortés, el científico, acompañándoles a la puerta. Abrió, y estrechó la mano a Dorlacq. Luego, inesperadamente, añadió en un murmullo—: Yo nada puedo sugerirle, pero… ¿por qué no visita al doctor Van Krogg, en rué Molitor, junto al bulevar Exelmans, camino de Boulogne…?

—¿Van Krogg? ¿El cirujano del Hospital General?

—Exacto —sonrió enigmáticamente Grindwald—. Yo nada le digo, claro está. Es sólo… una sugerencia… Bien, comisario, buenas tardes…

Cerró. Dorlacq arrugó el ceño. Cambió una mirada perpleja con Fisher.

—Van Krogg… —consultó su lista rápidamente—. Lukas van Krogg. Lo tengo como sospechoso de segunda fila… No hubiera pensado en él, Fisher.

—Él no ha asegurado nada —sonrió el periodista—. Pero usted va a verle, ¿no es cierto?

—Sí, es cierto —afirmó el policía—. Vamos a verle, amigo mío. Ahora mismo.

Subieron al carruaje oficial, y partieron hacia Boulogne, siguiendo paralelos al Sena. Su destino era un lugar en Auteil, la rué Molitor, donde residía el cirujano Van Krogg, del Hospital General de París.

* * *

Atrás, en el atardecer, quedaba la suntuosa vivienda de Quai de Passy. Y en ella, apenas oscureció en torno, y la neblina del río empezó a materializarse, humeante, en las riberas del Sena, una mano enguantada golpeó el aldabón de bronce de la puerta.

Hizo la llamada tres veces. Luego, dos. Finalmente, tres golpes más de aldaba. Luego, esperó.

Dentro de la casa reinó el silencio un tiempo. Luego, una luz bailoteó en el ventanal próximo a la puerta, tras los cortinajes

opacos. Se abrió la entrada. Una doncella vestida de seda negra, con cofia y delantal blancos con encajes, apareció en el umbral. Llevaba una lámpara de mano de bronce, con tres brazos de quinqué encendidos. El visitante no vio ninguna otra luz en la casa.

—¿Qué desea, señor? —preguntó la doncella.

—Ver al profesor Grindwald —dijo el visitante—. Es urgente. Muy urgente.

—Lo siento, señor. El profesor Grindwald trabaja ahora, y no recibe a nadie —replicó la doncella.

—A mí tendrá que recibirme. Dele este mensaje. Es para él. Esperaré fuera, si es preciso. Pero no deje de entregárselo. Es importante.

Había sepultado su mano enguantada en el macferlán negro, amplio. La doncella le estudió con aprensión. Observó los vendajes bajo los guantes, en las muñecas. Y también vendajes bajo el sobrero negro, de peluche. Y en torno al rostro terso, extraño, brillante y rígido. No pudo descubrir los ojos del hombre, velados por los cristales totalmente negros de unos grandes lentes sujetos a las vendas que cubrían sus orejas.

—No puedo molestarle ahora, señor —se excusó la doncella—. Le dejaré el mensaje en su despacho, y mañana…

—¡Mañana, no! —rugió el visitante—. ¡Puede ser demasiado tarde! Llevo ya demasiado tiempo esperando, ¿entiende? Dígale a su amo que anoche, de madrugada, vi el fiacre. Y lo demás. Él entenderá. Pero dígaselo, ¿entiende? Aunque esté trabajando.

Y el insistente desconocido, puso en una mano de la doncella unos papeles arrugados. Los miró ella, sorprendida. Sabía reconocer aquella moneda extraña. Dólares americanos. Eran tres billetes. De diez dólares cada uno. Mucho dinero, traducido a francos.

—Está bien —musitó—. Lo intentaré, señor…

—Levin. Morris Levin. Ahí tiene él mi nombre. Y otros detalles. Será suficiente. Llévueselo en seguida. Esperaré aquí. Puede cerrar la puerta. Sé que la abrirá de nuevo en breve.

La doncella, sorprendida, asintió, cerrando la puerta.

El hombre de los vendajes y del negro y amplio macferlán, se apoyó en el muro, mirando en derredor, a la noche que ya era oscura en Passy. Brillaban luces de gas a un lado y otro del Sena, entre la neblina húmeda. Luego, dio unos pasos, arriba y abajo de la

acera.

Chascó la puerta al abrirse. Se volvió el visitante, sin alterarse en nada su expresión hermética, como de una máscara que brillaba tenuemente a la claridad lejana de las luces del nocturno alumbrado parisino.

—¿Lo ve? —dijo, con voz sardónica.

La doncella, en silencio, se hizo a un lado. El visitante, a través de las gafas negras, impenetrables, pareció fijar la mirada en el busto prominente, ceñido por la negra seda. También las caderas eran ampulosas. Las formas de la joven resultaban agresivas. Pero eso no parecía impresionar demasiado al extraño que, rozándola ligeramente al entrar, se quedó mirando al hombre rubio, alto y frío que le esperaba en el vestíbulo, alumbrado ahora por otras lámparas murales de varios brazos, todas ellas de gas.

—Buenas noches, señor Levin —dijo Grindwald con voz gélida.

—Buenas noches, profesor —saludó el visitante. Le miró, fijo, desde el fondo invisible de sus oscuros vidrios—. Le imaginé de más edad…

—Soy mayor de lo que parezco —sonrió glacial el sabio—. Leí su nota. Entre y sígame, por favor.

Le siguió hasta un despacho iluminado tenuemente. El profesor cerró. Se volvió lentamente hacia su visitante. Ambos hombres se miraban fijamente, aunque los ojos de Morris Levin no fueran visibles.

—Bien… —suspiró Grindwald—. De modo que es usted un…, un enviado de él…

—En cierto modo —afirmó el recién llegado—. Ya habrá leído esa nota. Me envía a usted un hombre a quien no puede ni debe defraudar o traicionar: Víctor Frankenstein, su maestro y amigo…

CAPÍTULO III

LUKAS VAN KROGG, MEDICINA Y CIRUGÍA GENERAL

El rótulo estaba sobre la puerta. El edificio no era como el de Grindwald, ni mucho menos. Más bien correspondía la fachada a una vivienda bastante modesta, sin ninguna ostentación ni confort. La iluminación de la rué Molitor, al sur de Auteil, camino ya de Boulogne, dejaba bastante que desear, y eran muchos los puntos oscuros en torno. Un solitario farol de gas brillaba junto a la puerta de la vivienda, dibujando una mancha borrosa de luz en el empedrado húmedo.

—Aquí es —suspiró Dorlacq, estudiando el lugar con aprensión—. Me pregunto si seremos suficientes usted, yo y ese gendarme, si las cosas se ponen feas.

—Espero que sí —sonrió Fisher—. Aunque yo no voy armado…

Llegaron ante la puerta, y llamaron. El llamador era de metal oscuro, sucio y polvoriento. El doble golpeteo retumbó en la noche y produjo ecos sonoros, lúgubres, en el interior de la casa.

De momento, nadie acudió a abrir la puerta. Dentro de la casa, el silencio era total. La oscuridad de sus ventanas, también. Fisher y el comisario Dorlacq se miraron. Ambos tuvieron la misma idea. Y Fisher la susurró:

—Esta casa forma el final de la manzana —dijo—. Usted siga llamando con insistencia. Tenga su arma a punto. Yo iré por el lado. Tiene que haber otra salida, si estas edificaciones se parecen a las que vi en Nueva Orleans hace dos años.

—Seguro que se parecen —afirmó el comisario—. Aquella ciudad es la más francesa de todo el mundo, fuera del territorio francés, muchacho. Haga lo que dice. Pero aguarde. ¡Pierre!

—*Oui, monsieur* —respondió el gendarme.

—Entregue su arma al señor Fisher —ordenó el policía—. Será sólo por unos momentos. Usted utilice su porra, si se tercia. Yo llevo arma. Será suficiente, Pierre.

—*C'est bien, mon comisaire* —afirmó, obediente, el policía uniformado.

Hizo entrega a Fisher de su arma reglamentaria. El joven periodista neoyorquino dudó contemplándola. Dorlacq le aclaró su idea:

—Si algo sucede, dispare, aunque sea al aire. Acudiremos a usted. ¡Y Dios quiera que no necesite disparar más que al aire, Fisher!

Stuart sonrió, asintiendo. Hundió el arma en su bolsillo y rodeó el edificio, perdiéndose en la noche. Mientras tanto, el comisario golpeó de nuevo en la puerta. Lo hizo uno, dos, tres veces. Esperó. El gendarme, porra en mano, aguardaba, con su silbato entre los labios por si había que pedir ayuda a otros patrulleros cercanos.

Tras una espera prolongada, el comisario se decidió, golpeando más fuerte y gritando:

—¡Abra, en nombre de la ley! ¡Abra, doctor Van Krogg!

En ese momento, en la parte trasera de la casa, sonaron dos disparos.

—¡Fisher! —aulló Dorlacq, palideciendo. Se volvió, entregó su arma al gendarme y añadió—; Vigile aquí. No se mueva por nada del mundo. Llame a otros agentes. Voy con ese muchacho.

Echó a correr. Ya Pierre, el gendarme, emitía silbidos de llamada a otros policías. Dorlacq esperaba y deseaba que su joven amigo norteamericano no se hubiera metido en graves apuros. Y se arrepentía de haberle confiado un asunto tan escabroso.

Cuando llegó, Stuart Fisher parecía tener dominada perfectamente la situación. Ante su pistola, dos hombres mantenían sus brazos en alto, pálidos y amedrentados. Dorlacq se aproximó, contemplando a ambos. Descubrió a sus espaldas una puertecilla metálica entreabierta.

—¿Qué sucedió, Fisher? —Quiso saber.

—Intentaban escapar por ahí —explicó Stuart—. El más alto llamó doctor al otro… Parecen desarmados, pero no podemos estar seguros y… ¡Cuidado, comisario!

Al tiempo que emitía ese grito, Stuart Fisher hizo un tercer

disparo. La bala restalló, al maullar sobre una hoja de acero. Un hombre chilló. Era el más alto y esquelético de los dos. De sus manos, escapó un cuchillo de regulares dimensiones, que fue a caer a los pies de Dorlacq. Éste se quedó contemplando el arma.

—Vaya, después de todo es posible que ellos hayan sido los asesinos de la Morgue —dijo fríamente.

—¡Comisario, no puede acusarnos de nada de eso! —Chilló el más alto y grueso de ambos hombres—. ¡Soy el doctor de Cirugía Lukas van Krogg, no un asesino!

—Veremos eso más tarde, doctor. ¿Quién es su acompañante? —señaló al hombre pálido, huidizo y extraño, que perdiera el arma en el oportuno disparo de Fisher.

—Él… él es un ayudante mío… Se llama François… François Deville.

—¡François Deville! —Dorlacq le señaló con energía—. Ladrón de cadáveres, expoliador de hospitales y depósitos, e incluso de cementerios. ¡Un ser execrable y sin escrúpulos, condenado ya dos veces por prácticas de ese tipo, doctor!

—Comisario, debe entender… Él siempre dijo que adquiría esos cuerpos pagándolos en los centros de caridad hospitalarios, cuando nadie los reclamaba. Yo soy un médico, no puedo saber si mentía o…

—Usted es un rufián, doctor. Sabe perfectamente que mentía. Pero no le importa, con tal de practicar audaces ensayos quirúrgicos en su quirófano privado. —Se volvió. Ya tres agentes, con sus cortas capas al vuelo, acudían a la llamada de Pierre, arma en mano. Les señaló a los dos hombres—. Llévenselos. Están arrestados. Acusados, inicialmente, de robo de cadáveres y prácticas ilegales con ellos. Luego, posiblemente les acuse de asesinato…

—¡Está en un error, comisario! —aulló el médico, lívido—. ¡No somos culpables de nada!

—Eso lo veremos, doctor Van Krogg —silabeó el policía, mientras sus subordinados esposaban a ambos hombres. Miró a Fisher—. Vamos, ¿se atreve a echar una ojeada conmigo al interior de esta casa?

—Me temo que no va a ser muy agradable lo que hallemos —suspiró Stuart—. Pero iré, comisario. Hay situaciones en que un hombre ya no puede volverse atrás. Ni lo desea tampoco.

Entraron en la vivienda del doctor Van Krogg.

* * *

No era, ciertamente, agradable. Stuart Fisher había tenido razón.

En el quirófano, a medio diseccionar, había el cadáver de un viejo canoso y enjuto. Las entrañas, abierto en canal el cuerpo, aparecían descompuestas y despedían un fétido olor. Más allá, sobre otra mesa, esperaban los cuerpos sin vida de un niño recién nacido y de una mujer de mediana edad. Ésta última mostraba signos claros de putrefacción, y la carne se mostraba carcomida en las mejillas y cuello, bajo los ojos, en los que pululaba algo vivo, reptante y viscoso. Gusanos, sin duda. Olía a podrido y a tierra de cementerio.

—Me temo que no podré disfrutar esta noche de la excelente cocina francesa —masculló Fisher, disgustado—. Esto resulta demasiado fuerte, comisario.

—Ya ve lo que son algunos científicos de nuestro tiempo, amigo mío —suspiró con náusea el policía. Estaba pálido y abatido—. Esa pobre mujer, incluso, ha sido desenterrada. Ese niño recién nacido lo vendería alguna madre desnaturalizada. En cuanto al viejo… ¡Dios sabe! No, Fisher, no hay perdón para gente así, por mucho que les mueva su pretendida ciencia.

—Observo que no hay por aquí ningún cadáver correspondiente a una joven rubia, virginal y delicada, comisario —señaló Stuart—. Y era eso lo que buscábamos, ¿no?

—Sigamos buscando. Seguro que la encontraremos…

* * *

No la encontraron. Poco después, abandonaban la vivienda del doctor Van Krogg. Había suficientes pruebas para procesar al médico alemán como culpable de un delito de robo de cadáveres y utilización de los mismos en ilegales prácticas científicas. Pero nada más.

La joven ahogada en el Sena no había aparecido.

En el carruaje oficial de la Sureté regresaron a ésta el joven americano y su amigo, el comisario Dorlacq. Éste último iba pensativo, disgustado evidentemente.

—¿Fracaso? —aventuró Fisher, con una sonrisa grave.

—En parte, sí, Si no confiesan dónde ocultaron ese otro cuerpo…, no hay caso contra ellos. Al menos, no respecto al horrible crimen de la Morgue, Fisher.

—Lo sé. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Intentar que confiesen. Y seguir adelante, de un modo u otro.

—¿Y si no confiesan? ¿O si no saben nada de lo sucedido anoche en el depósito?

—¿Quién iba a hacerlo, entonces? El profesor Grindwald habló de Van Krogg. Y estaba en lo cierto. Esa gente se conoce entre sí.

—Es verdad —asintió Fisher, pensativo. Se frotó el mentón el joven reportero neoyorquino. Luego, habló de repente—: ¿Se ha dado cuenta de algo, comisario?

—¿De qué?

—Gracias a Grindwald descubrimos el sucio trabajo científico de Van Krogg, conforme. Pero ningún cuerpo de los encontrados allí fue robado de la Morgue. Martin Grindwald nos orienta por una pista auténtica… sólo a medias.

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Tal vez el profesor obra de buena fe, pero ¿se ha dado cuenta de que él y su esposa son suizos?

—¿Suizos? Diablo, ya lo sé. ¿Y qué tiene eso que ver? —Se volvió Dorlacq, perplejo, hacia su joven amigo.

—No, nada. Estaba pensando en alguien que usted me afirmó que había existido realmente.

—¿Quién?

—Víctor Frankenstein, el científico. Suizo también, como Grindwald… Quizá sea sólo una coincidencia, ¿no? Pero ¿y si no lo fuese, comisario?

* * *

—Víctor Frankenstein…

—Eso es, profesor. Nuestro común amigo Frankenstein.

—Usted ni siquiera llegó a conocerle, Levin.

—Cierto. Pero le conoció mi padre. Y usted también. Es más: usted no sólo fue amigo suyo, sino… su discípulo. Su discípulo predilecto, Grindwald.

—¿Y su padre, no?

—Es diferente. Fue discípulo suyo en una cátedra de Ciencias Naturales, en Ginebra. Usted ha ido mucho más allá, aunque sea infinitamente más joven que mi padre, ¿no es verdad, profesor Grindwald?

—Usted sabe que es verdad. De otro modo, no estaría ahora aquí, hablando conmigo.

—Eso es cierto. Sabía que entendería mis razones. Por eso le pasé la nota, dándole los datos y fechas precisas, aquello que usted podía comprender y aceptar como bueno. No soy un farsante ni un aprovechado… Por el contrario, mi padre, el doctor Levin, si viviese, diría que éste es el paso que debo dar. Y que usted es la única persona en el mundo capaz de ayudarme en mi desventura.

—Su desventura… —le miró con fijeza. Los ojos azules y helados del profesor Grindwald tenían una extraña y penetrante agudeza, pero parecían estrellarse, como la punta de un templado acero, sobre aquellas vendas, aquellos guantes, aquel rostro hierático, aquellos lentes negros como la misma noche, que hacían permanecer ocultos los ojos de su extraño visitante—. ¿Cuál es exactamente su desventura, señor Levin?

—Es una larga y difícil historia —suspiró el viajero de Estados Unidos, llegado a El Havre a bordo del *George Washington*, fechas atrás—. A usted es posible que le parezca increíble cuando se la relate…, a menos que comience por el final.

—¿El final?

—Sí. —La voz quizá sonó burlona, como si sonriera. Pero la faz inescrutable no sonrió. Seguía siendo una helada máscara sin la menor alteración—. Éste es el final. O al menos, eso espero. Para ello, en usted confío.

—Lo leí en su nota, sí. —Le mostró un asiento tapizado en piel brillante, color rojo granate. Él lo hizo tras su mesa de trabajo. La luz de gas era alta. Las sombras, verticales, acentuando las afiladas facciones del profesor Grindwald, así como el dorado de sus cabellos ondulados. Esa luz reveló algunas canas, muy pocas,

salpicando su cabeza. Pero el visitante, aun despojándose de su sombrero de negro peluche, siguió revelando su cabeza envuelta totalmente en vendas, en torno al inexpresivo rostro. Nada revelador, en suma.

El profesor abrió una caja de cigarros y le ofreció uno. Negó lentamente el visitante.

—No, gracias —rechazó brevemente—. No fumo.

Grindwald tomó un cigarro y le mordió la extremidad, encendiéndolo luego con parsimonia. Exhaló el humo del cigarro, contempló a su visitante, y por fin habló con tono cauteloso, frío y nada alentador:

—Me gustaría que fuese breve, amigo Levin. Deseo ayudarle porque es hijo de un viejo amigo del doctor Víctor Frankenstein, el gran investigador y compatriota mío, con cuya amistad me honré en las últimas épocas de su vida, cuando perseguía desesperadamente a su propia obra, la terrible criatura creada en un laboratorio y, desgraciadamente, destruida después por la ignorancia y terror supersticioso del populacho. Pero por otro lado, le advierto que mi tiempo disponible es breve, y mis ocupaciones muchas. Yo también soy un hombre de ciencia, aunque incomparablemente más insignificante que Frankenstein, y hago mis propios estudios sobre la naturaleza humana y sobre el gran misterio de la vida.

—¿También usted está creando su propio monstruo? —Sonó sarcástica la voz del extraño.

—¡No, por Dios! —Rió huecamente Martin Grindwald, con un gesto elocuente—. No sería capaz de tanto. No me creo tan genial… ni deseo serlo, para decirlo con franqueza.

—Sin embargo, todos los informes que tengo de usted son idénticos, profesor: está trabajando en las más grandes cosas. Es capaz de auténticos milagros biológicos. Dicen que para usted, la vida y la muerte no guarda secretos.

—Habladurías sin fundamento. ¿Quién puede asegurar que domina la vida y la muerte? Sólo el Creador, amigo mío. Pero dejemos todo eso. ¿Por qué ha venido a Europa desde tan lejos?

—Sólo para verle a usted.

—¿A mí? —Enarcó Grindwald las cejas—. ¿Y qué espera que haga yo en su favor?

—Devolverme la normalidad.

—¿La… normalidad? —Dudó el profesor, creyendo haber oído mal.

—Eso dije.

—Perdone, pero no le entiendo. Imagino que habrá sufrido algún accidente, cuando va envuelto en vendajes y su rostro… bueno, su rostro ofrece ese raro aspecto de carne inerte, pero no alcanzo a entender aún sus palabras.

—Oficialmente, profesor, Morris Levin sufrió en Nueva York las consecuencias de un terrible incendio en unos almacenes, y de resultas de ello, ofrece este lamentable y estremecedor aspecto.

—Ya. Quemaduras, destrozos, desfiguraciones quizá tremendos. —Se encogió de hombros, exhaló unas volutas de aromático humo y sacudió la cabeza—. Lo siento. No es tarea mía. Me ocupo de investigar al hombre y su biología, pero eso es todo. No soy un experto en eso que ahora llaman cirugía estética o plástica, o cosa parecida. Pero puedo enviarle al doctor Durand, de la rué Rivoli, y…

—No necesito a ningún cirujano. Ni a ningún especialista en la piel o en la regeneración de tejidos deformes, profesor —cortó secamente el norteamericano.

—¿No? —La sorpresa de Grindwald fue en aumento. Nervioso, miró su reloj de bolsillo, de oro macizo, con una bella tapa labrada —. Bien, lo siento, pero mi tiempo termina y…

—Por favor —pidió el visitante, poniendo sus manos enguantadas sobre la mesa. De sus muñecas y brazos sólo vendajes fueron visibles—. Concédame dos minutos más. Sólo dos minutos, profesor. Y usted entenderá.

—Bien… —La voz del sabio suizo retumbó acerada en el pequeño despacho—. Cinco minutos puedo darle, Levin. Ni uno más. Sea breve, se lo ruego.

—Gracias… —Resopló la voz del otro con alivio, entre sus labios yertos, que ni siquiera se movían. Se echó atrás, confortado sin duda—. Será suficiente. Cinco minutos.

—Ya están en marcha, amigo mío —le avisó, frío, el profesor.

—Lo sé. Me sobra tiempo para lo que he de decirle. —Pareció tomar aliento, aunque sus labios eran como piedra de una escultura y, finalmente, prosiguió—: Profesor, sé que está investigando en ciertas facetas desconocidas del ser humano y de su naturaleza. No,

no me replique ni me discuta. No habría tiempo entonces. Al final de mis cinco minutos, écheme si le he importunado, y eso será todo. Profesor Grindwald, usted aprendió muchas cosas de su maestro, el doctor Víctor Frankenstein. Pero no se limitó a eso. Llevó más lejos sus experimentos y sus ensayos. Incluso sé que ensayó ciertas sustancias en tejidos animales, aunque jamás se atrevió a probar en seres humanos vivientes… y tuvo éxito parcial. Sé que siguió insistiendo sobre ése y otros aspectos de las ciencias que la gente tacharía de brujería o de poderes diabólicos. Y ahora, en este momento, quizá usted esté en condiciones de ayudarme. Y sea el único en el mundo que pueda devolverme mi aspecto original, hacerme ser de nuevo el Morris Levin que todos conocieron.

—Mi querido amigo, su tiempo se acaba —suspiró glacialmente el profesor, poniéndose en pie lentamente. Cerró despacio su reloj de oro y lo guardó en el chaleco floreado, bajo su bata blanca, desabotonada—. Es su último minuto. Será mejor que tome su sombrero… y buenas noches.

—Aún es mi quinto minuto —le recordó Morris Levin—. Eso me bastará, profesor. Vea lo que hay detrás de estas vendas, y entonces resuelva.

—No me interesa en absoluto su aspecto, por original o espantoso que sea —manifestó hostilmente Grindwald—. Le di un plazo, y ya expira, sin que su problema haya llegado a interesarme, amigo Levin. No me obligue a arrojarle de mi casa por la fuerza.

—Mire, profesor. Mire lo que hay aquí, y entonces juzgue. Me voy a mostrar a usted tal como soy… ¡y le aseguro que nunca, nunca, habrá visto nada parecido!

Y repentinamente, pese al gesto enérgico del sabio, pretendiendo evitar su acción, Morris Levin tiró de una extremidad de sus vendas.

Se las arrancó velozmente. Saltaron entre sus dedos, como una interminable, plana serpiente de tejido blanco, y al hacerlo, la máscara de cartón y cera que cubría su faz, saltó por el aire, lo mismo que sus negros lentes herméticos.

Luego, fueron los guantes, las vendas de muñecas y antebrazos.

Mortalmente lívido, el profesor Martin Grindwald se echó atrás, dilatados sus ojos por el asombro, el horror y la incredulidad.

—Cielos, no —jadeó—. Levin, ¿qué… qué es eso?

Su visitante se detuvo en su acción. Era suficiente con lo hecho.

No hacía falta más.

—Lo que pretendía decirle, profesor —habló roncamente su voz —. Este soy yo ahora.

—Pero… pero ahí… ¡ahí no hay nada! —aulló Grindwald.

—Exacto. Nada. —Las mangas del norteamericano se agitaron en el aire, sin manos. Debajo de la máscara y las vendas, no había rostro. Ni cabeza siquiera—. ¿Ya lo entiende, profesor? Soy… SOY INVISIBLE…

CAPÍTULO IV

Yvette Dorlacq se estremeció, dejando a un lado el ejemplar de *Le Parisién*.

—Es horrible —musitó, realmente asustada.

—Horrible, si —afirmó Stuart Fisher—. Pero lo que relata ese periódico no es ni sombra de la realidad, Yvette. Hay cosas que no pueden ser descritas.

—Stuart, ¿cómo pudiste tener valor suficiente para… para meterte en ese embrollo? —se admiró ella—. Papá no hace sino cumplir con su deber, pero tú…

—Yo he escrito una de mis mejores crónicas —sonrió él—. Y ha salido ya rumbo a Nueva York para el *Times*. Posiblemente mis compatriotas no se crean toda la historia, porque allí son muy escépticos en ciertas cosas, pero tío Frank estará orgulloso de su sobrino, y comprenderá que no soy solamente un parásito que vive de la fortuna de los Fisher, cómodamente tendido en una poltrona.

—De eso pueden estar bien seguros —asintió el comisario Dorlacq, apurando su desayuno, e incorporándose. Bostezó, mirando al exterior, por la galería del comedor, y se desperezó, cansado—. Bien, el día no es malo del todo. Hay un sol tibio y agradable, la niebla ha desaparecido, al menos de momento, y París disfruta de una mañana amable de invierno. Vosotros dos podéis dar un paseo tonificante por los bosques de la ciudad o por el Sena, pero el viejo Marcel debe volver a Jefatura, a seguir con sus papeleos, legajos y expedientes.

—Pero Van Krogg y el ladrón de cadáveres, no confesaron —apuntó Stuart.

—No, no confesaron —reconoció con disgusto Dorlacq—. Ya empiezo a pensar que tampoco lo harán. El comisario Leclerc es un hombre hábil en esos menesteres, y está convencido de que esos tipos nada saben del suceso de la Morgue. En fin…

Sacudió la cabeza, tomando su levita del colgador. Luego, recogió sombrero, capote y bastón, para salir hacia la Sureté. Yvette se aproximó a besarle en la mejilla. Stuart agitó una mano cordial, en despedida.

—Le veré más tarde —dijo—. Como usted ha sugerido muy acertadamente, creo que la mañana invita más a pasear por el bosque de Bolonia o por los Campos Elíseos, que a meterse en un tétrico edificio, a oír hablar de muertos y de asesinos.

* * *

—Resulta purificador, Yvette…

—¿Purificador? —Se volvió ella a mirarle, mientras paseaban bajo la arboleda amarilla y melancólica de los Campos Elíseos en invierno—. ¿El qué, Stuart?

—Todo esto que nos rodea: el aire tibio, el sol triste, los árboles dorados, los setos y el césped… Se respira quietud, limpieza. Nunca supe apreciar ciertas cosas, quizá porque no aprendí a compararlas con otras.

—¿Como un depósito de cadáveres, un hombre asesinado o… un quirófano dedicado a la disección humana de cuerpos sin vida? —Se estremeció ella.

—Quizá sea por eso, sí. —El joven americano se encogió de hombros—. Resulta extraño, pero en veinticuatro horas he vivido raras experiencias, inquietantes emociones. No me gustó, pero me fascinó. Fue como asomar a un mundo tenebroso que pretendemos negar y que, sin embargo, existe.

—¿Crees en lo sobrenatural, quizá? —aventuró Yvette, pensativa.

—Creo en Dios como todo lo sobrenatural de este mundo —suspiró Stuart Fisher—. Pero anoche empecé a intuir la presencia de algo más oscuro y desconocido. De algo maligno y cierto, como puede ser el dominio de fuerzas ocultas.

—¿Qué fuerzas, Stuart?

—No lo sé —suspiró él—. Me gustaría darte una respuesta, pero no la tengo. No me siento capaz de dar con ella…, pero sé que existe en alguna parte. Ese hombre joven y hermético, tan frío y

extraño…

—¿Quién?

—El profesor Grindwald. Martin Grindwald, investigador en Biología. Suizo, nacido en Lausanne, estudiante de Ciencias Naturales y de Biología y Alta Cirugía en Ginebra… junto a un hombre llamado Víctor Frankenstein…

—Frankenstein… —La voz de Yvette Dorlacq tembló levemente. Inclinó la cabeza, y el sol tenue del invierno parisino, nimbó de rojo suave su cabeza, iluminó sus cabellos cobrizos, y dio un matiz dorado a su ropa amarilla, a su pamela y su sombrilla—. Oí ese nombre antes de ahora. Como algo… diabólico.

—No sé si pretendió ser diabólico, realmente. Fue un gran científico —comentó Stuart—. Anoche leí su verdadera historia, la que inspiró a Mary W. Shelley a escribir lo que muchos pensaron que era una ficción novelesca. Frankenstein era un ser real. Existió. Y fue un genio… o pudo haberlo sido, Yvette.

—Pero creó un monstruo…

—Conforme. Creó un monstruo. Muchos lo creamos dentro de nosotros mismos, sin darnos cuenta. Él quiso hacer algo hermoso y perfecto. Fracasó, y creo que purgó su pecado de soberbia. No somos Dios. Solamente seres humanos, Yvette. Nuestras fuerzas tienen un límite. Eso no lo aceptó Víctor Frankenstein. Pero no iba a hablarte de eso ahora, sino de su discípulo, Martin Grindwald.

—¿Discípulo?

—Anoche me entretuve en estudiar unos documentos sobre el caso Frankenstein. Son simples datos biográficos, pero una personalidad científica como la de Grindwald, tenía que ser citada, tratándose de su alumno predilecto en ciertas materias. Y así es. En cambio, ese pobre diablo de Van Krogg no es nadie. Sólo un cirujano que destroza cuerpos robados de la tumba. Pero ¿sabes lo extraño de todo esto?

—Todo me parece extraño en lo que papá y tú habéis vivido ayer —se estremeció Yvette.

—Lo raro es que Martin Grindwald tiene ahora cincuenta y dos años… y representa sólo unos treinta o treinta y cinco.

—Acaso pactó con el diablo, además de ser discípulo de Frankenstein —sonrió forzadamente la joven.

—La explicación ha de ser otra. Es posible que haya obtenido

algún medio de rejuvenecer los tejidos, no sé. Lo cierto es que acaba de casarse con una mujer bellísima y muy joven, una tal Ilonka Wattenburg. Está prácticamente en plena luna de miel. Eso indica a un hombre joven o a un maduro que se siente joven. No encaja mucho con la idea que me hice anoche de Martin Grindwald, leyendo los datos biográficos de él y de Frankenstein.

—Pareces sospechar de Grindwald, no de Van Krogg —dijo ella, deteniéndose junto a un quiosco céntrico, en el parque, donde los festivos actuaba la Banda Municipal o la Orquesta de la Opera.

—Sí, Yvette —afirmó con gravedad Stuart Fisher, clavando sus acerados ojos grises en la mirada parda e ingenua de su joven amiga francesa—. Sospecho de Grindwald. Y creo que tu padre empieza a pensar igual.

Yvette le contempló largamente, en silencio. Parecía sorprendida. Pero también preocupada. En alguna parte, no lejos de los dorados jardines invernales de los Campos Elíseos, un acordeón desgranaba notas de música callejera del viejo y eterno París.

* * *

—¡Qué sorpresa, comisario Dorlacq! ¿Usted otra vez? —Se intrigó Martin Grindwald, haciéndose a un lado al abrir su puerta.

—Siento molestarle, profesor —habló el comisario Marcel Dorlacq, con fría cortesía, aceptando la tácita invitación y pasando al vestíbulo suntuoso. A pleno día, la casa parecía más acogedora, familiar y amable. El sol amarillento y tibio de la mañana invernal, penetraba por los ventanales, dibujando tiras doradas en el empapelado ocre de los muros y reflejándose con centelleos cegadores en los cristales de roca de la araña del techo.

—No es ninguna molestia, se lo aseguro —declaró Grindwald, cerrando la puerta con naturalidad. Le contempló, con un chispazo jovial en sus azules ojos penetrantes. La boca de labios delgados esbozó una sonrisa burlona—. Puede decirse, casi, casi, que le esperaba.

—¿A mí? —Se volvió a él Dorlacq, sorprendido—. ¿Usted me esperaba a mí?

—Pues… sí. —Con una ojeada indiferente, estudió al gendarme

que escoltaba el comisario, erguido con aire profesional, estático, junto a la puerta—. Desde anoche, para ser exactos.

—¿Por qué, profesor?

—Oh, por nada —sonrió Grindwald—. Le envié a casa de mi querido colega Van Krogg. Supongo que tuvo éxito…

—A medias. Encontré pruebas de su culpabilidad en ciertos delitos: disección humana, profanación de tumbas, robo de cadáveres…, pero eso fue todo.

—¿Todo? —Grindwald enarcó sus cejas, como en un gesto de perplejidad—. ¿Qué otra cosa buscaba, entonces?

—Al asesino de la Morgue, profesor. Y al ladrón del cadáver de una joven suicida llamada Denise.

—¿No era Van Krogg?

—No. No era Van Krogg.

—Oh, lo siento. Actué con mi mejor voluntad, pero yo nunca aseguré…

—Lo sé, profesor. —Le miró fijamente—. ¿Podría visitar su… su laboratorio, sus instalaciones para investigación? No llevo permiso judicial, pero puedo conseguirlo en una hora y…

—Oh, comisario, por favor. Nada más lejos de mi mente que interferir la acción de la justicia —se apresuró a declarar con énfasis Grindwald—. Puede entrar usted, con su acompañante, y revisar absolutamente todo. Mi esposa y yo les ayudaremos en cuanto precisen, puede estar seguro. Vengan por aquí, por favor. Ilonka, mi esposa, está ahora ocupada en trabajos científicos, pero igualmente les atenderá… Síganme, síganme, se lo ruego.

Dorlacq cambió una mirada con su agente uniformado. Éste no mostraba una expresión demasiado animosa, pero ambos aceptaron la invitación, a un gesto previo del comisario. Siguieron los dos policías al sabio suizo, por el corredor. Se cruzaron con una doncella pelirroja, de exuberantes senos bajo su uniforme de seda negra y su delantal blanco, que les miró en silencio, desapareciendo por una puerta de servicio.

—Espero que no tomé a mal mi petición, profesor… —habló Dorlacq—. Pero quiero estar seguro de que las personas a quienes pida posterior colaboración contra el monstruo que cometió el crimen en la Morgue, antes de robar un cadáver, están al margen de toda posible sospecha. Ya sabe usted cómo es la policía en estas

cosas.

—No tiene que disculparse conmigo —rechazó con una sonrisa Grindwald—. Le aseguro que colaboraremos gustosamente con la justicia en este feo caso.

Dorlacq asintió con la cabeza, sin responder nada. Estaba pensando. Pensando en que aquella mañana, estudiando documentos y escritos sobre Grindwald, había descubierto que el profesor suizo era un directo discípulo del tristemente célebre Víctor Frankenstein, y que además, tenía muchos más años de los que aparentaba. También supo que un ayudante de Grindwald, un tal Zoltan Brecz, había desaparecido últimamente, al parecer dejando los servicios del profesor. Y que Ilonka Wattenburg había sido enfermera de un hospital de Viena, alumna del Centro de Cirugía Especializada de Berlín, y ayudante leal del profesor, hasta ser su esposa en la actualidad. Poseía datos de esa boda, y también de la luna de miel en el extranjero, pero eso era todo. Casualmente, uno de los puntos visitados por la pareja en su viaje de novios, había sido Ginebra, lugar de nacimiento de Víctor Frankenstein, y donde se hallaba su hogar natal todavía, aunque quizá sin ninguna placa conmemorativa.

Le hubiera gustado hablar de todo eso con Stuart Fisher, su joven amigo americano, el que hiciera amistad con su hija Yvette cuando ella visitó Estados Unidos con unas amigas y familiares. Pero no había tiempo para eso. Y Fisher, aunque inteligente y práctico, no dejaba de ser solamente un periodista, un simple aficionado a detective. Él era comisario de la Sureté, encargado del caso de la Morgue. Debía de llegar al fondo del problema. Y no olvidaba las sospechas de Fisher respecto a Grindwald y su origen suizo…

Ahora estaba metido en pleno asunto. Con la única compañía de un gendarme armado, pero enfrentado a un enigma posiblemente siniestro y horrible. Quizá la lujosa vivienda de Passy no tuviera nada que ver en el caso, y Grindwald fuese inocente en todo ello, pero…

—Por aquí, señores —invitó bruscamente el profesor—. Ilonka está abajo, trabajando…

La aprensión hizo presa en el policía. Grindwald se había detenido ante una puerta, al fondo del corredor. Una puerta

perfectamente normal, pero que conducía a una escalera descendente, oscura y estrecha. El sabio pareció advertir sus aprensiones, y con una breve risita entre dientes, se apresuró a encender las mechas de gas de una lámpara, con lo que la escalera se llenó de una tenue luz rosada.

—Bien, vamos —decidió Dorlacq, mirando a su acompañante uniformado. Luego, interrogó a Grindwald—: ¿Tiene abajo sus laboratorios, profesor?

—En los sótanos, sí. Están muy bien habilitados para trabajar. Aquí, con el ruido de la calle, de la gente, del tráfico, no se puede uno concentrar. Nuestro trabajo requiere quietud, silencio, aislamiento…

Descendieron. El propio Grindwald abría paso. Abajo, les esperaba una sorpresa.

El sótano era amplio, pero bien iluminado. Numerosas luces de gas diluían las tinieblas. Había probetas, retortas y matraces en una mesa larga, repleta de tubos de ensayo, jaulas para cobayas y todo lo que podía esperarse de un laboratorio vulgar. Ilonka, la nórdica esposa de Grindwald, alta y majestuosa siempre, estaba pasando un líquido verdoso de un tubo a otro y, al hacerlo, un espeso vapor escapó de él entre burbujas. Pareció sorprendida al ver a los visitantes, pero no reveló emoción ni sobresalto alguno. En vez de ello, depositó cuidadosamente los tubos de ensayo en sus soportes, y fue a saludar a Dorlacq, que besó cortés su mano.

—Señora —dijo el policía—. Siempre es un honor… Deberá excusarnos, pero su esposo sabe ya lo que estamos haciendo realmente aquí.

—Sí, Ilonka querida —sonrió Grindwald—. El comisario desea registrar todo esto, antes de confiar plenamente en nosotros para que colaboremos en su investigación respecto a ese horrible suceso de la Morgue.

—Oh, entiendo —ella sonrió maravillosamente. Sus verdes, inquietantes ojos profundos, revelaron una singular vivacidad, fijos en Dorlacq—. Puede hacer cuanto guste, comisario. Aquí no ocultamos absolutamente nada, de ello puede estar bien seguro.

—Lo estoy, lo estoy —afirmó entre dientes el hombre de la Sureté, recorriendo el amplio laboratorio—. Pero tengo unos superiores que quieren evidencias, seguridad, no teorías ni

intuiciones. Por ello deben excusarme. Especialmente, cuando supimos que su profesor y maestro fue un científico compatriota suyo, llamado…

—Víctor Frankenstein —sonrió débilmente Ilonka. Su rubia, casi platinada cabeza, se movió en débil asentimiento—. Sabíamos eso, comisario. Siempre resulta sospechoso haber tenido un maestro semejante, ¿no cree?

—No creo nada. Personalmente, no juzgo a Víctor Frankenstein, sino al culpable del asesinato y robo en la Morgue. Lo demás no es asunto mío, señora.

—Pero sí lo es mío —declaró fríamente ella—. Martin fue su discípulo, cierto. Su predilecto. Frankenstein le enseñó casi todo cuanto él sabe ahora. Le dejó apuntes, notas, estudios suyos sobre el hombre, sobre la vida y la muerte, sobre la síntesis biológica del ser humano… ¿Es eso magia negra, crimen o motivo de superstición, comisario?

—No —negó rotundo Dorlacq. Se detuvo de repente ante una puerta metálica, cerrada herméticamente, al fondo del laboratorio. Apoyó en ella sus manos en vano, resistiendo la plancha claveteada. Añadió, tajante—: El crimen es otro, señora. Por cierto, ¿qué hay aquí detrás?

—Oh, ¿ahí? —Sonrió inocentemente Grindwald. Se encogió de hombros—. Nada de particular. Es un almacén. Hay productos químicos, material, instrumentos y cosas así.

—¿Puedo verlo?

—Naturalmente —enarcó las cejas el científico—. ¿Sospecha algo, comisario?

—Sólo pedí verlo. Imagino que no hay más en este sótano, por lo que veo.

—Nada más —suspiró Ilonka, moviéndose con su habitual serenidad altiva, casi majestuosa, y tomando de su cuello una cadena de la que pendía una llavecita plateada, perdida hasta entonces entre sus enhiestos y prietos senos. Se quitó la cadena. Tendió la llave al comisario y sonrió, glacial—. Tome, por favor. Abra usted mismo, comisario. Vea por sus propios ojos lo que hay ahí dentro. Le aseguro que no puede ver otra cosa que objetos inútiles para sus pesquisas. Yo encenderé el gas, Martin, no te preocupes.

El gendarme, previsor, siguió de cerca a su superior. Dorlacq tomó la llavecita y la hizo girar en la cerradura. Ilonka estaba junto a él. Su cuerpo turgente olía a perfume suave, silvestre. Como flores y hierbas aromáticas, sensuales. Como ella misma.

Empujó la hoja de metal con un largo chirrido. Todo apareció oscuro, con fuerte olor a productos químicos. El brazo largo y esbelto de ella se adelantó con un fósforo. Prendió la mecha de una lámpara. Graduó, subiendo la luz hasta inundar de claridad dorada el recinto.

Los ojos de Dorlacq vieron pilas de cajas, herramientas, instrumental, vitrinas, tubos, objetos de laboratorio, productos químicos en recipientes tales como garrafas, botellas y latas.

—Ahí detrás —dijo secamente el policía—. ¿Qué hay?

—Nada.

—Esas pilas de cajas, esas vitrinas de instrumental… Veo que hay un hueco amplio aún.

—Está vacío, comisario —replicó Ilonka, helada.

—Lo creo. Pero prefiero verlo. Ya sabe, señora. El prefecto debe ser informado fielmente. Sin lugar a dudas ni recelos.

—Claro —sonrió ella, extrañamente. Miró de soslayo al gendarme, situado en el umbral, a su espalda—. ¿Quieren entrar los dos, tal vez?

—No —cortó, seco, el comisario—. Sólo yo. Mi agente Dubois se queda aquí.

—A la orden, señor —afirmó el gendarme, entendiendo los recelos de su jefe.

—Entonces, sígame —invitó ella, glacial—. Verá lo que hay tras esas cajas y vitrinas…

Dorlacq hundió con disimulo la mano en el bolsillo de su capote. Tocó la fría pero grata rigidez de su pistola. No le gustaba aquello. Presentía que algo feo se avecinaba. Y quería estar preparado.

También su agente de uniforme apoyaba sus dedos en la culata de su arma reglamentaria, habiendo captado el tácito mensaje de su superior.

El comisario rodeó las cajas, siempre en pos de Ilonka. Llegó a un amplio recinto, casi enteramente cubierto por aquel montón de objetos heterogéneos. Lanzó una imprecación de auténtica sorpresa y sobresalto.

Sus ojos se fijaron en aquella forma envuelta en una sábana, sobre una mesa de operaciones bajo lo que sin duda era un juego espejeante de luces de gas, para dar claridad al recinto, y sobre todo, el punto de la intervención quirúrgica.

Extraños aparatos, alambiques, electrodos y raros instrumentos de una técnica desconocida aún en Francia, aparecían por doquier.

Los ojos de Dorlacq se fijaron, dilatados, en el cabello suavemente rubio, en el rostro virginal de la muchacha tendida en aquella mesa, cuya desnudez se cubría con la sábana.

—¡Lo sabía! —Aulló, revolviéndose hacia Ilonka y extrayendo su pistola—. ¡Lo sabía! ¡Esa criatura es el cadáver robado de la Morgue! ¡Quedan arrestados por…!

—¡Mata, Levin! —habló rotunda, fríamente, la hermosa Ilonka —. ¡Mata!

Dorlacq nunca supo de dónde venía la muerte. Miró en torno suyo, arma en mano, dispuesto a hacer fuego sobre cualquier cosa que se moviese. Nada ni nadie se movió. Ilonka permaneció erguida, rígida, inalterable.

Pero de la nada, del vacío, surgió el horror homicida. Repentinamente, ante los ojos desorbitados del comisario, se materializó una hoja de acero que hendió de oreja a oreja su garganta.

Aulló el policía, disparando alocadamente. La hoja de acero, suspendida en el aire, como un objeto mágico, le pegó otro golpe seco tras la oreja. Entre borbotones escarlata, el infortunado comisario se derrumbó de bruces, agonizando.

Y, cosa rara, ante él, de la nada, del vacío mismo donde se suspendía el machete asesino… goteaba sangre. Como si alguien invisible hubiera sido alcanzado por su bala…

—Estoy… herido —susurró una voz en el vacío.

Y la sangre goteó con más fuerza, ante la mirada inexpresiva y cruel de Ilonka Grindwald.

Allá, en la puerta del almacén, al oír el grito del comisario, el gendarme Dubois aferró con fuerza su pistola y trató de ir en su auxilio. A espaldas suyas, Grindwald aferró una botella grande de ácido, panzuda y color amarillento, y la estrelló sobre la cabeza del policía.

Un humeante líquido se derramó sobre el infortunado. Éste

aulló, con pavor. Humearon sus ropas azul oscuras, e incluso su rostro, donde al caer las ráfagas de líquido amarillo, la carne hirvió, arrugándose horrorosamente. Un alarido inhumano, bestial, escapó de su boca, donde gotas del ácido corroían y deformaban incluso sus encías y labios. Disparó al aire, estérilmente. Su kepis se fue lejos, rodando, en tanto el pelo humeaba y caía a mechones arrugados, mostrando su cráneo pelado, devorando el cuero cabelludo. Los ojos mismos del infeliz gendarme despidieron vahos siniestros, al convertirse en pulpa informe.

Cayó de bruces, en el charco de ácido, donde se revolcó, como un ser en ebullición, entre burbujas corrosivas. Aunque dejó pronto de moverse, su cuerpo descarnado, sus ropas abrasadas, siguieron despidiendo vapores hediondos y agrios.

La tragedia se había consumado en el sótano de los Grindwald.

—Ven aquí —dijo fría la voz de Ilonka—. Levin está herido. Él sigue sin ser visible, pero su sangre sí es visible.

—Ya voy, querida —dijo Grindwald, contemplando con feroz expresión el policía devorado por el ácido—. Ya voy… Levin, no se preocupe. Curaré su herida. No será visible.

—Hice lo que querían —se oyó jadear a Morris Levin, el invisible—. Lo que quiero ahora es que cumplan su promesa. ¡Deseo ser normal, quiero volver a ser visible!

—En seguida, mi querido amigo, en seguida —sonrió el sabio—. Usted ha obedecido mis órdenes. Ha sido un leal colaborador, librándonos de ese peligro que era el comisario Dorlacq. Ahora, Levin, ha llegado su hora de ser visible.

Y su mirada malévola, al cruzarse con la fría y extraña de su esposa Ilonka, revelaba ocultas y sinuosas intenciones que el hombre invisible no podía adivinar.

CAPÍTULO V

—Son los hechos, señor Fisher —habló el prefecto de la Sureté, el honorable *monsieur* Claude Graville—. El gendarme Dubois ha desaparecido. Nadie sabe nada de él. En cuanto al comisario Dorlacq…

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó Stuart, roncamente, con un tinte pálido en su rostro, joven y enérgico.

—Me temo que lo peor —suspiró el prefecto—. Usted es amigo de su hija Yvette. Sería buena cosa que… que se ocupara de… prepararla lo mejor posible.

Fisher sufrió un escalofrío antes de aventurar:

—¿Muerto?

—Horriblemente, sí. Asesinado. Dos golpes de arma blanca. Uno le degolló. Otro hendió su cabeza, tras la oreja izquierda. Algo terrible. Su cadáver fue hallado esta mañana en el Sena, a la altura del Pont D'Issy, junto al islote. Había quedado empotrado entre una barcaza y un embarcadero de mercancías. Estaba totalmente desangrado. Le aplicaron unas cadenas y unas piezas de hierro como lastre, pero se engancharon en un soporte del embarcadero, e hicieron flotar el cuerpo entre dos aguas. Un cargador lo encontró allí.

—¿No hay duda sobre su identidad?

—Ninguna, Fisher. Debía llevar veinte horas en el agua. Es él, no hay duda.

—Veinte horas… Entonces, su telegrama desde Melun, informando de que seguía una pista…

—Falso. Recibimos ayer ese telegrama, y es lo que nos hizo confiar en que todo iba bien, pero es evidente que alguien se desplazó a Melun y despachó ese mensaje telegráfico. Ya he dado instrucciones a la policía de esa población, pero mucho me temo que el original del despacho telegráfico, no nos aporte ninguna pista

ni indicio positivo, Fisher.

—Sí, señor, también yo lo temo. De cualquier forma, ese crimen se cometió aquí, en París. ¿No dijo el comisario adónde se dirigía, cuando salió ayer por la mañana de la Sureté?

—Desgraciadamente, no. No lo dijo. Los demás compañeros estaban en diversos servicios, y él se dedicó a examinar algo en los archivos. Luego llamó al gendarme Dubois, que estaba de servicio, y ambos salieron, con la idea de regresar en breve. Eso fue todo, amigo mío.

—Entiendo. Volvemos a estar totalmente a oscuras.

—Y con uno de los mejores policías de Francia, reposando en la Morgue —suspiró el prefecto, amargamente.

—La Morgue… —suspiró Fisher, sombrío—. Ahí empezó todo…

Se puso en pie. Su gesto era grave, preocupado. El prefecto de la policía le tendió su mano. Se mostraba tan disgustado como él.

—¿Puedo confiar en usted para preparar la noticia a la señorita Dorlacq? —Ante su mudo asentimiento, el policía añadió, cansadamente—: Así, entretanto, nosotros nos ocuparemos de investigar, de remover París de punta a cabo, en busca del asesino del comisario.

Stuart Fisher caminó hacia la salida, despacio.

—Mucho me temo, señor, que no saquen mucho en limpio de todo ello —sentenció el joven periodista americano, antes de abandonar el despacho de la Sureté.

* * *

Había sido menos difícil de lo que pareciera en principio. Cuando menos, Yvette Dorlacq había sido infinitamente más valerosa de lo que Stuart Fisher esperaba.

Algunas lágrimas brotaron de sus ojos amargos, doloridos. Se convulsionó su gesto, y se le escapó un breve sollozo. Luego, muy despacio, fue hacia el ventanal asomado al bulevar de la Bastilla. Allí habló grave, profunda, desgarradamente:

—Era algo que tenía que suceder alguna vez. Él me previno hace tiempo. Un policía siempre corre ese riesgo. Cualquier día, su esposa o sus hijos reciben la mala noticia… y hay que aceptarla con

valor. Mi madre siempre me pidió que fuera así. Y estoy… estoy intentando hacer lo que él deseaba. Supongo que si pudiera verme, se sentiría orgulloso de mí.

Fisher puso una mano afectuosa en su hombro. Asintió, junto al oído de la joven:

—Estoy seguro de ello, Yvette… Él puede verte, esté donde esté, y se siente orgulloso de ti.

Ella temblaba bajo el contacto de sus dedos. Repentinamente, dióse vuelta, se abrazó a él y estalló en llanto abierto, incontenible. Fisher no habló, no trató de confortarla. Sabía que era inútil. Y contraproducente. Hay momentos en la vida en que vale más no pronunciar palabra, y éste era uno de ellos. Valía más dejar a Yvette desahogarse, como mujer e hija que era. Y eso es lo que hizo Stuart Fisher.

* * *

—¿Es el suero?

—Sí, Levin. Es el suero —afirmó fríamente Ilonka Grindwald, alzando el frasco que contenía aquel denso líquido color granate oscuro. Lo agitó, y un burbujeo leve se formó en su interior.

—¿Bastará… una sola dosis? —preguntó tímidamente la voz que surgía de aquel sillón hundido, donde parecía no haber nadie, pero cuya huella de presión en el tapizado sí demostraba la presencia de alguien no visible.

—No —negó ella, rotunda—. No bastará una sola. Ésta es la primera, Levin.

—¿Cuántas habrá?

—Dos más —fue el propio Grindwald el que habló, acercándose a ellas, con las manos hundidas en su blanca bata de trabajo—. Al final, Levin, su invisibilidad habrá dejado de ser un problema. Y el hallazgo de su padre nunca más será para usted una pesadilla obsesiva, que destroza su existencia.

—Toda la culpa fue mía —suspiró el ser invisible llegado de América—. Nunca debí llevar a cabo la fórmula maldita de papá. Él me avisó antes de morir. Me pidió que la destruyera. Yo, loco de mí, la llevé a la práctica en vez de seguir sus consejos… y la apliqué a

mi persona. Éste fue el resultado: dejé de ser visible. Mi cuerpo se hizo primero como gelatina, luego parecieron volverse cristal mis tejidos, arterias y vísceras todas… para terminar desapareciendo totalmente. Y, lo que es peor, sin remedio… Durante un largo año he estado viviendo así, envuelto en vendajes, cubierto por máscaras, lentes y toda clase de artilugios. Y, lo que es peor, teniendo que mantener mi cuerpo invisible con alimentos que no son los naturales de cada persona… sino extraídos de plasma sanguíneo… humano.

—Entiendo —asintió fríamente Grindwald—. Usted adquiría plasma humano para nutrir sus nuevas estructuras que refractan la luz sin, reflejarla. Pero no siempre se pueden adquirir esas cosas sin despertar sospechas, Levin.

—¡Lo sé! —Hubo un suspiro en el aire, brotando de los labios no visibles del extraño ser—. Por eso tuve que recurrir a otros procedimientos mucho menos perceptibles, más clandestinos…

—¿Extraer sangre de personas vivas… por su propia cuenta y riesgo, Levin? —Rió sarcásticamente el profesor.

—Usted sabe que sí. Extraer sangre suficiente… hasta desangrar a esas personas.

—Y matarlas, claro.

—Y matarlas, sí. No puede reprocharme nada. Usted roba cadáveres, mata empleados de la Morgue, mata policías, me hizo matar a mí, a cambio de… de ese suero que, tal vez, me devuelva la corporeidad visible…

—Sin «tal vez», Levin —dijo con frialdad Ilonka—. Éste es el primer paso para su normalización. Hizo bien en viajar desde su país hasta Europa. Sabía que el profesor Grindwald era el único que había logrado experimentar la invisibilidad y la vuelta a la visibilidad en animales de laboratorio… y también es factible en seres humanos.

—¿No están exponiendo sólo teorías? Jamás hicieron invisible ningún cuerpo humano…

—Ni visible tampoco. Pero el principio es siempre el mismo. Los tejidos vivos responden igual. Lo que no me hubiese atrevido nunca es a crear la invisibilidad, pero sí a devolver la visibilidad, Levin.

—¿Por qué, profesor?

—Porque si se hace mal la operación, el proceso de invisibilidad

trae consigo una alteración cerebral del sujeto que podría convertir a éste en un auténtico monstruo. Imagino a un demente feroz, peligroso… e invisible. Sería poco menos que indestructible, y significaría la muerte cierta para el propio creador y para un considerable número de seres humanos.

—¿A usted le importan los otros seres humanos? —Silabeó, irónico, Morris Levin, desde su mundo sin formas ni materia perceptible, aunque sí tangible.

—No —rió a su vez Grindwald—. Me importo yo mismo, Levin. Y ahora mi querida esposa Ilonka, naturalmente.

Ella enarcó las cejas, como poniendo ese último aserto muy en duda. Pero no dijo nada. La depresión en el asiento se elevó, desapareciendo con un chirrido de cuero. Los Grindwald se miraron entre sí. Ahora no tenían posibilidad de saber dónde estaba su inapreciable interlocutor. Desnudo y descalzo, puesto que las ropas no podían gozar de la invisibilidad, sus pisadas sobre la espesa alfombra serían forzosamente inaudibles, aunque la mirada aguda de Grindwald seguía en la superficie de lana el hundimiento leve de su pelo, para saber por dónde pisaba el hombre invisible.

—Me buscan ustedes, ¿eh? —Rió la voz de Levin, en el aire—. No teman. Saben que soy su amigo. Tengo que serlo, aunque solamente sea por imperiosa necesidad. Saben también que soy un enemigo peligroso…, pero no para ustedes.

—Cierto —sonrió Ilonka, avanzando hacia él con el frasco del líquido granate y burbujeante que llamaran suero—. Ahora somos todos aliados, Levin. Imagino que no le remorderá la conciencia por haber eliminado a un vulgar polizonte.

—Tengo muy ancha mi conciencia —rió Levin—. Allá, en Estados Unidos, eliminé a mucha gente más importante que un comisario francés… y sólo para obtener su sangre. Empiezo a necesitar con urgencia ese plasma… a menos que su suero sirva para alterar el proceso de mi actual metabolismo.

—Servirá —prometió ella, fríamente. Le tendió el frasco al vacío —. Tómelo, Levin. Será el primer paso para que vuelva a ser como los demás.

—Gracias.

Una mano invisible arrancó ese frasco de los dedos marfileños de ella. Bailoteó el recipiente al aire, se oyó un gorgoteo, el líquido

flotó en el vacío, mágicamente, en una graciosa sucesión de burbujas descendentes, para terminar vaporándose dentro de la total invisibilidad corporal de Morris Levin.

Al finalizar la ingestión del líquido, se escuchó un suspiro. Un sofá se hundió bajo el peso de Levin. La voz de éste sonó acerada:

—Grindwald, ¿qué buscan ustedes exactamente, robando cadáveres de la Morgue? ¿Es cierto que pretende emular a su maestro y ser el nuevo Víctor Frankenstein?

—Sólo en cierto modo, Levin —sonrió el interrogado—. Ahora puedo decírselo todo.

—¿Por qué ahora?

—Porque usted, Levin, depende ahora de nosotros totalmente. En cuerpo y alma, aunque el primero sea ya tan invisible como la segunda. En vida o en muerte, muchacho.

—¿Dependo de ustedes? He dependido desde que llegué y me presté a su sangriento juego, profesor. ¿Qué quiere decir con eso?

—Ha tomado el suero. La dosis A del suero de la visibilidad. Y eso significa que tiene que tomar necesariamente las dosis B y C. O en caso contrario…

—En caso contrario, ¿qué, Grindwald? —Se alarmó claramente la voz tensa de Levin.

—En caso contrario, usted morirá en pocas horas.

—¡Grindwald! —Aulló el norteamericano—. ¿Qué es lo que me ha dado con ese brebaje?

—No se asuste —miró el profesor con alarma al sofá, donde repentinamente se alisaba la depresión del cuerpo invisible—. No le di ningún veneno, sino el suero que me pidió. Sólo que lleva un compuesto químico especial que, caso de no complementarse con los incluidos en las dosis siguientes, producirán la cristalización total de su cuerpo, de sus arterias, su sangre y sus tejidos. Se quedaría así, convertido en un hombre como de vidrio blando… y sin vida, visible pero transparente. No querrá que eso suceda, ¿verdad, Levin? Sobre todo siendo tan fácil cooperar conmigo y con Ilonka.

—Profesor Grindwald, jamás pensé que fuese usted tan perverso, tan malvado como todo eso —jadeó Levin—. Mi padre no me previno en tal sentido. Dijo que podía ser un demente de la ciencia, pero no un asesino nato, no un criminal que goce con la agonía

ajena…

—Es que su padre, mi querido Levin, no se equivocó en absoluto —habló glacialmente Ilonka Grindwald, dando unos pasos adelante, con perversa sonrisa en sus hermosos labios—. El profesor Martin Grindwald ha sido siempre un fanático de la ciencia. Capaz de todo por ella, y capaz de las mayores demencias por sus sueños de conquistas científicas, sin reparar en medios de ningún género para ello, ni conceder valor alguno a las vidas humanas que sacrificase. Eso ha sucedido siempre desde que el mundo es mundo, amigo Levin.

—Sí, pero nunca se pudo asesinar fríamente, en nombre de la ciencia —acusó Morris Levin.

—¿Y eso lo dice usted?

—Yo maté por sobrevivir. Mi error científico y humano estuvo en el experimento inicial. Luego… ya no existía remedio posible. Sólo matar… o morir. Pero ustedes dos, Ilonka… ¿por qué? ¿Qué es lo que hizo del profesor Grindwald un asesino feroz y sanguinario?

—Nada —rió el aludido—. Mi querido amigo, el profesor Grindwald fue un loco de la ciencia, pero nunca mató a nadie, salvo por error o por experimentación científica. Lo que ocurre es que yo… yo no soy el profesor Martin Grindwald.

—¿Qué? —Aulló la voz de Levin—. ¡Usted miente!

—No, no miente —negó con frialdad Ilonka—. Él no es Grindwald. Nunca lo fue. Yo soy la esposa de Martin Grindwald, sí. Me casé con él, pero él ha muerto. Le destruimos entre ese hombre y yo. El actual profesor Grindwald… es Zoltan Brecz, su ayudante y hombre de confianza. Y el hombre a quien amo, naturalmente… ¿Lo ha entendido ahora, Levin?

El silencio del hombre invisible probó con más elocuencia que cualquier palabra que él había entendido aquel nuevo y terrible secreto.

CAPÍTULO VI

—Mi nombre es Audret, señor Fisher. Gerald Audret. Nuevo comisario encargado del Departamento de Asuntos Criminales de la Sureté. —Estrechó la mano del joven periodista norteamericano. Con un carraspeo, agregó—: En resumen, soy el sucesor del comisario Dorlacq. No me gusta llegar de este modo al cargo…, pero intentaré hacer justicia en los que le asesinaron.

—Le creo. —Fisher miró fijamente a Audret, hombre de corta estatura, de rostro noble y cordial, ojos perspicaces y cabello levemente canoso, no muy abundante—. Quisiera poder colaborar con usted, comisario. Dorlacq era una gran persona. Me hizo partícipe de su confianza, sólo porque había entablado amistad con su hija en Estados Unidos.

—Ya me he enterado de eso, señor Fisher —sonrió gravemente el comisario Audret—. Yo no lo conozco de nada, pero si él le consideró merecedor de su confianza, alguna razón tendría para ello. ¿Quiere cooperar conmigo ahora?

—Lo haría con placer, pero me temo que no pueda hacer gran cosa por usted, en las actuales circunstancias. No sé lo que sucedió, cómo ni dónde sucedió. Lo cierto es que el comisario debió de hallar alguna pista concreta… y se le eliminó para que no siguiera adelante. De veras lo siento. Pero no sé lo que pudo ser.

—Creo que le acompañó a ver a algunas de las personas sospechosas… Médicos, cirujanos, investigadores científicos y cosas así.

—Eso es cierto. Pero ¿qué puede importar ahora?

—¿Por qué no hablamos de todo ello usted y yo, señor Fisher? Tal vez de esas visitas, de todo lo que precedió a la captura de Van Krogg y su procesamiento junto al ladrón de cadáveres, resulte algo que tenga sentido.

—Si cree que puede resultar…, hablemos. Pero lo que yo pueda

contarle, no creo que le sea útil. Ni tan siquiera admisible.

—¿Por qué no?

—Porque se relaciona con un hombre que ya no existe y que es casi una leyenda. Un hombre cuya auténtica existencia desconocen muchos.

—¿Y quién es ese hombre, señor Fisher?

—Víctor Frankenstein.

—Hable —pidió vivamente intrigado el comisario Gerald Audret, inclinándose hacia él—. Hable, por favor. Me interesa mucho Víctor Frankenstein…, hombre o leyenda.

* * *

El luto le sentaba bien a Yvette.

Su piel rosada parecía nácar. Y mármol en el rostro. Los ojos pardos brillaban, amargos y profundos. La boca poseía un tono que ya no era carmín. Y toda su figura parecía envuelta en un halo de dolor, de intensa melancolía.

Escuchó la historia en silencio, tras apenas probar un poco de consomé con jerez, un filete de pescado y un sorbo de zumo de naranja. Rechazó todo lo demás, y clavó sus ojos en Fisher, reflejándose en ellos las luces del candelabro. Y también los globos de gas de los muros empapelados.

—¿Crees que haya alguna relación entre Frankenstein, su mítico monstruo… y lo de ahora? —Dudó con voz sorda.

—No creo nada. No sé nada, Yvette. Sólo tengo sospechas —sonrió, tocándose la cabeza, significativo—. Pero no debes hacerme mucho caso. El nuevo comisario, Audret, dijo que tengo demasiada imaginación. Y lo cierto es que tiene toda la razón.

—Quiero creer en tu imaginación, Stuart. Es mejor que nada. Pero eso nos conduciría a…

—A Martin Grindwald, profesor en Biología, natural de Suiza y nacionalizado francés.

—¿Sospechas de él?

—Sospecho de cualquier científico chiflado que piense crear nuevos Prometeos, partiendo de cadáveres. Recuerda que fue discípulo de Frankenstein, allá en Ginebra.

—Dios mío. ¿Cómo podría un hombre así, prestigioso, conocido en todo el mundo?

—Escucha esto, Yvette. No podemos hacer mucho caso de nada. Ten en cuenta que hemos estudiado exhaustivamente en la Sureté los antecedentes de Martin Grindwald. No hay nada que pruebe mis sospechas. Es un científico fanático, como tantos otros. Pero resulta difícil imaginarle como un feroz asesino, fuera de un posible error científico.

—¿Entonces…?

—No sé. Hay algo que no entiendo en todo esto. Pero mi instinto me dice que algo sucede en relación con el profesor Grindwald, a pesar de sus buenos antecedentes. Si se pudiera averiguar eso… Yo podría haberlo intentado, pero cometí un gran error: ir con el comisario Dorlacq cuando él visitó a Grindwald. De modo que no hay posibilidad de engañarle. En modo alguno. Me recordarían en seguida. Sobre todo, ella.

—¿Ella?

—Ilonka Grindwald. Una dama tan hermosa como extraña. Se fijó mucho en mí.

—No me extraña —musitó Yvette, con un asomo de sonrisa—. ¿Nadie te dijo que eres un chico atractivo? Y americano, además.

—No, no era esa clase de interés el de la dama. Había algo… siniestro, anormal en ella. Y no sé lo que es. Pero desde luego, no puedo visitarles como periodista yanqui. Sospecharían de mí y no lograría nada.

Los ojos de Yvette se entornaron. No hizo comentario alguno. Frunció los labios en silencio. Luego, se puso en pie y caminó despacio hacia el fondo de la sala. Sin volverse, dijo a media voz:

—El comisario Audret debería hacer caso a tu imaginación. Creo que vale más que nada, Stuart… —Tras una corta pausa, añadió lentamente—: ¿Sabes que tardaremos unas semanas en vernos posiblemente?

—¿De veras? —Fisher la contempló—. ¿Te marchas?

—A Rouen. Tengo parientes allí. Será mejor pasar un tiempo con ellos.

—Sí, creo que harás muy bien —asintió Stuart Fisher. Respiró hondo—. Te voy a echar de menos, Yvette.

—Yo también, Stuart. Yo también a ti.

* * *

Cecile estaba asustada.

No sabía lo que estaba sucediendo exactamente. Pero temía lo peor.

Miró la puerta de su dormitorio, en la planta alta de la casa. Había temido que alguien pudiera intentar abrirla, descubriendo que estaba cerrada con llave y pestillo. Pero no; sus temores eran exagerados. A fin de cuentas, ¿quién iba a prestarle atención a ella en la casa?

Nadie podía saber que ella había encontrado aquel viejo daguerrotipo del profesor Grindwald, que en nada se parecía al actual. Y aquel retrato de un tal Zoltan Brecz, ayudante del profesor, que sí se parecía mucho al que decía ser esposo de Ilonka Grindwald. Aunque sin duda alterado por alguna intervención quirúrgica de las que aquella extraña mujer, Ilonka Wattenburg, de soltera, sabía mucho. Y un rostro relativamente nuevo, pero semejante, revelaba a Cecile, la doncella de los senos prominentes, que «algo» extraño estaba sucediendo en aquella casa.

Luego estaban las últimas visitas, aquella voz que había oído en una habitación, hablando con el supuesto profesor, pero… en cuya habitación no estaba sino el falso Grindwald y nadie más, pese a seguir sonando la voz.

Era demasiado. Cecile tenía miedo. Además, estaba segura de que había oído algún comentario, tras una puerta, sobre «el cadáver de la chica de la Morgue», o cosa parecida.

Su miedo invencible la conducía a esta solución definitiva. Se marchaba. No quería seguir allí, viviendo en una tensión constante, en un ambiente que parecía normal, pero que presentía como una pesadilla.

Cerró su pequeña maleta, con todas sus cosas. Volvió a escuchar, pegada a la puerta.

No, no había nadie allá afuera. No era fácil que oyesen su salida, su marcha. Allá fuera, en la calle, pese a lo avanzado de la noche, encontraría algún carruaje que la llevase a sitio seguro, lejos de la residencia de Passy.

Y no era sólo eso. Podía entregar los apuntes que acababa de hacer en su pequeño librito de direcciones, para que la policía se

enterase de muchas de las cosas raras que tenían lugar en aquel edificio misterioso e inquietante que era la residencia de los Grindwald.

Eran leves anotaciones, temores suyos, escritos con mano temblorosa, con no muy buena ortografía, porque ella no era una muchacha culta. Pero eso sí: citaba la voz de aquel ser que ella no podía ver. Y lo de Zoltan Brecz, lo de aquellos gritos que oyera la noche antes de aparecer el cadáver de un policía en el Sena…

Cecile respiró hondo. Sus pechos macizos subieron y bajaron, al ritmo de su profunda inspiración de aire. Estiróse el tejido ceñido de su corpiño ajustado, de escote en V, tan insinuante, sobre todo para charlar con los gendarmes de guardia en la barriada, o con el vendedor de pescado, para obtener alguna rebaja que ella sisara del presupuesto de los Grindwald…

Ahora no pensaba en sus habituales coqueterías. No había ideas frívolas ni livianas en su mente de vulgar muchacha de servicio. Tenía miedo. Eso era todo.

Miedo.

No sabía a qué o a quién. El supuesto profesor era amable, cortés y educado. Ilonka, su bellísima y hermética esposa, jamás la reprendía ni se mostraba hostil con ella. Pero…

Cecile estaba aterrorizada. Y se iba de la casa.

Movió el pestillo. Giró la llave. Había engrasado previamente la cerradura. Apagó la luz de gas antes de salir, maleta en mano. Pisó con cautela el corredor alfombrado, camino de la escalera que conducía a la planta baja.

Toda la casa aparecía en sombras, salvo la luz del muro, en la escalera, que daba una tenue, difusa claridad hasta el vestíbulo. Las puertas aparecían cerradas. Cecile sabía que sus amos estaban abajo, en el sótano. El misterioso sótano de sus experimentos, quizá de sus satánicas prácticas…

Esperaba que nadie la oyese. Que cuando ella estuviera bien lejos, se diesen cuenta de su ausencia. Para entonces, ya nada le importaría. Pensaba salir incluso de París, para no correr el riesgo de encontrarse con ninguno de ellos.

Se detuvo ante la escalera. Antes de pisar el primer escalón, recordó algo. Su pequeño librito de direcciones, con los apuntes apresurados sobre sus sospechas… Si la registraban, caso de ser

sorprendida, lo encontrarían fácilmente en su bolsillo del vestido. No; debía de ocultarlo en otro lugar más seguro.

Extrajo el pequeño librito con tapas de piel color café. Vaciló, sin saber qué partido tomar. Finalmente, se decidió.

Alzó su amplia falda sobre las largas piernas y los firmes muslos de moza de campiña, ceñidos por las medias de fuerte algodón. Introdujo su librito arriba, entre la nalga y el corsé bien apretado. No cedería. Sus firmes curvas lo impedirían.

De nuevo dejó caer sus faldas. Caminó escaleras abajo, cautelosa, conteniendo incluso la respiración. Su maleta golpeó dos veces en el borde de los escalones, para su disgusto. Se detuvo, alarmada, inquieta, temiendo que alguien hubiese podido escucharlo.

La casa siguió en silencio. Cecile alcanzó el vestíbulo. Sus ojos ávidos, ansiosos, se fijaron en la puerta de la calle, cerrada. Por encima, los vidrios dejaban pasar el reflejo del alumbrado de gas callejero.

Avanzó. Pisada a pisada, sin desviar sus ojos de aquella meta salvadora. Una vez cruzado su umbral, en la neblina de la húmeda noche neblinosa del París invernal, ya la pesadilla quedaría definitivamente atrás.

Un paso. Otro, otro…

Ya estaba allí. Ante la puerta. Le separaban de ella unos pasos. Menos de medio metro de distancia. Estiró la mano hacia el pestillo, para empezar a girarlo.

Sus dedos, repentinamente, tocaron algo.

Algo en el aire. En la nada. Algo firme y blando a la vez. Como… como carne humana. Pero no había nadie.

Y resonó una hueca risa burlona ante ella. ¡Y un jarrón, junto a la puerta de salida, se alzó de su soporte y flotó en el aire ante sus ojos desorbitados!

Cecile emitió un grito horrible, quiso precipitarse sobre la puerta… ¡y unos brazos invisibles pero fuertes rodearon su cuerpo!

Su alarido fue ahora estremecedor, angustiado. Forcejeó, con rabia. Sus fuerzas de moza de campo, o acaso su exasperación, le dieron energía insólita. Logró soltarse de aquel fantasmal abrazo de lo inexistente.

La puerta de salida estaba bloqueada por algo o alguien que ni

siquiera sabía lo que pudiera ser. Pero por allí no había evasión posible. Recordó la puerta de servicio, al lado opuesto del corredor. Soltó su maleta, preocupándose sólo por su vida, por su seguridad, que era ya lo más importante. Y corrió. Corrió hacia el lado contrario del vestíbulo.

Fue una carrera desesperada, vertiginosa, entre jadeos y sollozos histéricos, huyendo de un poder sobrenatural que ella no entendía. Invisible y pavoroso. Pero no intangible. Ella había tocado a alguien…, donde no se veía a nadie.

Se detuvo, sintiendo que se erizaban los cabellos de su nuca. Su cuerpo pareció echar raíces, clavarse en el suelo mismo. Un grito terrible, largo, exasperado, angustioso, escapó de su boca crispada, de su garganta repentinamente hinchada. Sus ojos desvariados se desorbitaron, osciló, con el color de la ceniza en el rostro, que antes era bonito y pícaro…

Ante ella, emergiendo del fondo de oscuridad del corredor que conducía a la puerta de servicio de la casa, llegaban el profesor Grindwald… o quienquiera que él fuese. E Ilonka, su esposa…

Pero ante ellos, antecediéndoles, solitaria, una figura pavorosa extendía sus brazos hacia ella, la miraba con ojos alucinantes, que parecían surgidos de la misma muerte, de una helada y profunda tumba…

¡Una mujer desnuda, sin prenda alguna encima, cérea, virginal de formas, pero aterradora de aspecto, con la lengua amoratada surgiendo entre sus labios, con sus manos yertas, crispadas, extendidas como dos zarpas, con su cuerpo todo en rígida postura, moviéndose lentamente, entre jadeos roncos, como estertores llegados de ultratumba!

Una rubia y virginal muchacha cuya imagen viera en los periódicos… Una suicida del Sena, robada de la Morgue… ¡Un cadáver viviente!

—¡No! —Sollozó Cecile, cayendo de rodillas, entre convulsiones. Juntó sus manos, en actitud de rezo—. ¡Oh, no, no! ¡Dios mío, Señor, no es posible todo este espanto!

Junto a su oído bailoteó el sonido tétrico de la risa del invisible. Y unos dedos humanos, fríos y duros, apretaron su cuello, aunque no había nadie a su lado…

Era demasiado. La muerta en movimiento llegaba ante ella.

Ojeras profundas, violáceas, cercaban sus ojos redondos, vidriosos, desorbitados, que algún día fueran bellos e ingenuos, pero que ahora revelaban todos los horrores del más allá.

Pies desnudos, céreos, piernas color amarillo de muerte, se movían ya muy cerca. Alzó los ojos. Miró los labios descoloridos, la lengua violácea, la expresión terrible de la mujer muerta en el fondo del Sena, que ahora parecía flotar sobre la alfombra, hacia ella.

Exhaló un ronco estertor, sacudió su cabeza y cayó de bruces. Se quedó inmóvil.

Se hizo un silencio en el vestíbulo. El falso Grindwald, el hombre que fuera Zoltan Brecz, antes de su suplantación, hizo un gesto a la difunta en movimiento. Ordenó, tajante:

—¡Quieta, Denise! ¡Quieta ahí!

El cadáver andante se detuvo, como un autómata. Ilonka presenciaba todo sin despegar los labios. Algo invisible tomó a Cecile, la doncella. La hizo girar sobre sí misma. Bajaron algo su escote. Un oído invisible auscultó a la joven sobre sus senos vigorosos.

—Está muerta —dijo la voz de Morris Levin—. Le falló el corazón.

Ilonka y Zoltan se miraron. Sus ojos centelleaban, complacidos.

—Bien —suspiró el último—. Eso nos evita trabajo. Esta vez no podrán decir que hubo otro crimen. Prepara el carruaje, Ilonka. Dile a Laszlo que disponga todo. Me llevaré a esta infeliz.

—¿Al Sena? —Dudó Ilonka—. Deben vigilar sus márgenes.

—No hará falta. Su muerte ha sido natural. No hay que fingir nada. Con su maleta y todo, la dejaremos cerca de la estación del ferrocarril. Ella se marchaba de casa y sufrió un colapso. Es algo de lo que nadie puede acusarnos, querida.

Sus manos palparon las ropas de Cecile, por si algo encima de ella podía ser revelador para alguien. No encontró nada. Ilonka, más astuta, llevó su búsqueda al hondo escote de la moza. Y también a sus ligueros. Pero no fue más allá. Se incorporó.

—Todo conforme —dijo—. Revisad su maleta. Si no hay nada delator en ella, dejádsela. Cuanto antes termine este enojoso asunto, tanto mejor. Te lo dije, Zoltan. Vi su expresión esta noche durante la cena. Ella… ella tenía miedo. Sospechaba algo. Todo resultó

como temía.

—Eres maravillosa, Ilonka —suspiró Zoltan, besándola—. A veces no sé lo que sería de mí sin tu ayuda.

—Yo sí lo sé —rió ella, huecamente—. Tu cabeza rodaría en la guillotina, amor…

Zoltan Brecz torció el gesto, pero no dijo nada. El cuerpo de Cecile se alzó en el aire, movido por fuertes brazos invisibles.

—Yo os ayudaré —dijo Morris Levin. Luego, al caminar el cuerpo en el aire, flotando, se detuvo no lejos del cadáver lívido de Denise. Añadió, insegura, la voz del hombre invisible—: ¿Eso… eso es lo que realmente buscabais, Brecz?

—Sí, Levin, exactamente —dijo con orgullo Zoltan—. Eso buscábamos…

Su mano acarició los cabellos largos, rubios, sedosos, de la virginal Denise, ahora convertida en un espectro céreo, espantoso, de expresión espeluznante, pero firme sobre sus desnudos pies. Añadió, con voz enfática:

—El gran afán de Víctor Frankenstein, el maestro de mi maestro. ¡El sueño de todos los humanos, Levin! La resurrección de los muertos… y el servicio de uno. Lo hemos logrado. ¡Lo hemos logrado! Contigo y con un ejército de muertos a nuestras órdenes…, ¿imaginas lo que seremos capaces de lograr?

—Esperad un momento —habló Levin, alarmado—. ¿Conmigo dijiste, Brecz? ¿Y mi suero? ¿Y mi retorno a la normalidad?

—Todo se andará, Levin. Dependes de Ilonka y de mí por completo. No tendrás que esperar mucho. Lo suficiente para hacernos ricos. ¡Muy ricos! Unos robos importantes, dinero para seguir nuestro gran experimento. ¡Mucho dinero, Levin, para hacer de mí y de Ilonka los más grandes científicos de todos los tiempos, y burlarnos del mundo, e incluso dominarlo con nuestros poderes! Eso busco, y eso estoy a punto de conseguir. Tú, Levin, tienes que ayudar a la primera fase de nuestro plan. Un ser invisible puede penetrar en cualquier parte, incluso en el Banco de Francia… y apoderarse de todo.

—Brecz, eres un maldito canalla —jadeó el invisible—. Me prometiste que…

—Te prometí ayuda. Y la tendrás. Volverás a ser el que eras.

—¿Cuándo?

—En breve. De ti depende. Cuanto antes cometas los robos que necesitamos, antes tendrás tu segunda dosis del suero.

—¿Y la tercera y definitiva?

—Eso será cuando todo esté en orden conforme a mis esperanzas, y hayas cumplido la misión completa, al frente de mis futuros cadáveres vivientes, de los cuales esta criatura, la suicida Denise, es solamente un paso, ¡el primero y principal! Ya sé cómo dotar de vida artificial a los difuntos. Y ése será mi gran éxito. Nada de monstruos con trozos de diversos seres. Nada de un nuevo Prometeo, como el caduco Frankenstein, no. ¡Todos pueden ser monstruos por sí mismos, si se les utiliza una vez muertos! Todos, Levin… ¡Una interminable y feroz legión de asesinos a los que nadie puede matar… porque ya están muertos!

Y soltó una larga, aguda, demencial carcajada, mientras los ojos inexpresivos y helados de Ilonka le contemplaban herméticos, sin una sonrisa siquiera en su bellísimo semblante. Y mientras el cadáver viviente de la pobre Denise aparecía allí rígido, como una obra diabólica, en tanto Morris Levin, angustiado y preocupado por su destino, conducía el cuerpo sin vida de Cecile hacía el fondo de la vivienda.

—Esa mujer fue la primera prueba —dijo Ilonka, con frialdad, señalando a Denise—. Ahora, lo intentaremos con hombres fuertes y crueles. Con asesinos y bandidos, si es preciso. Una vez muertos, Zoltan, serán la más terrible fuerza devastadora que se ha conocido… Vamos, Denise. Síguenos. Y vuelve a tu sitio, en el sótano. A esperar tu momento.

Dócil, como si fuese una máquina o un crío obediente, el cadáver desnudo de Denise dio media vuelta y caminó, fantasma de cera muerta y viva a la vez, hacia las profundidades de la casa siniestra donde se había hallado, al fin, el gran misterio de los experimentos terroríficos del doctor Víctor Frankenstein, lustros atrás:

El secreto de la vida y de la muerte.

CAPÍTULO VII

Stuart Fisher retiró los prismáticos de sus ojos. Se frotó las sienes, cansadamente.

Eran ya dos días de continuada vigilancia, sin resultado alguno. La suntuosa casa de Passy no ofrecía el menor indicio de anormalidad. Sólo que era un hombre el que iba y venía del mercado, con una cesta de la compra. Un hombre pequeño, canoso, con aspecto de extranjero y nariz semítica, vestido enteramente de gris.

Fisher creía recordar que había una doncella en la casa, pero no estaba seguro de eso. Regresó a la Sureté a consultar todo ello con el nuevo comisario, Gerard Audret.

—Los horarios son perfectamente normales —explicó el policía —. Ellos apenas salen de casa, pero las luces se encienden al atardecer, el comedor se ilumina a la hora de cenar, para apagarse una hora más tarde, y la compra se efectúa entre nueve y diez de la mañana, aunque el sirviente es un hombre de aire extranjero. Creí que tenían doncella en esa casa.

—Cierto —afirmó gravemente el comisario Audret—. Cecile Hunot, de veintidós años. Natural de Vitré, cerca de Rennes, en Bretaña. Una moza fuerte, de campo. Y muy bien dotada por la naturaleza, ciertamente. Frívola y dada a coquetear con gendarmes, vendedores de mercado y gañanes, pero no falta de atractivo.

—Vaya… —se sorprendió Fisher, pestañeando—. Mucho sabe usted de la servidumbre de los Grindwald.

—Y le aseguro que nunca traté a la muchacha ni sostuve coqueteos con ella —rió entre dientes el comisario, con cierta acritud—. Desgraciadamente, he tenido que preocuparme de ella y de su identificación, amigo mío.

—¿Dice… desgraciadamente? —Se alarmó el joven norteamericano.

—Eso dije, sí. Algo penoso. La muchacha tenía aspecto muy sano, muy saludable, pero sufría una dolencia cardíaca que no cuidó debidamente. El doctor Jodelet, de la avenue Mozart, la había atendido de ello hace un par de meses, cuando servía en otra casa que no era la de los Grindwald.

—¿Lleva poco tiempo con éstos?

—Muy poco. Desde su regreso de la luna de miel, Fisher.

—Eh, espere. Habló usted de ella en pasado, como…, como si no existiera ya.

—Y así es. No existe, amigo Fisher.

—No existe… —reveló sorpresa e inquietud Stuart Fisher—. ¿Qué quiso decir exactamente con eso, comisario?

—Lo que le dije: está muerta. La encontraron en la estación de Montparnasse. En sus cercanías, para ser exactos, entre las vías. Se le hizo la autopsia esta mañana. Murió de un colapso cardíaco.

—¿Sin duda alguna?

—Sin duda alguna.

—¿Y qué hacía ella en la estación de ferrocarril de Montparnasse?

—Supongo que iba a tomar algún tren. Se iba de París, Fisher. Su maleta estaba junto a ella. No deje volar su imaginación esta vez. No hay nada sospechoso en su muerte. Ni venenos ni manipulaciones extrañas. El corazón. Sólo eso. Me he procurado asegurar de ello.

—Aun así, su muerte es sospechosa. Si servía a los Grindwald…

—Mi querido amigo, no podemos acusar a nadie por no ir a la policía a notificar que su doncella se ha despedido, y luego ha decidido ausentarse de París, falleciendo de un ataque cardíaco. Eso no tendría sentido.

—Vistas así las cosas, no. Pero casualmente Cecile, la doncella de los Grindwald. Y ahora…

—Sé lo que piensa —suspiró Audret—. Yo también lo he pensado. Pero soy funcionario de policía, no periodista. No puedo dar rienda suelta a mi fantasía, o el prefecto me enviará a un suburbio, a cualquier cuartelillo olvidado, para que refresque mis ideas un poco más. Ya me he preocupado de que la autopsia fuese exhaustiva, y sin resultado… ¿Qué más puedo hacer?

—Nada, imagino —masculló Fisher—. Cielos, tiene que haber

algo… ¿Qué encontraron en su maleta?

—Lo habitual. Sus cosas de aseo, prendas interiores, algún dinero ahorrado… Todo en orden.

—¿Y encima de ella?

—Nada. Nada en absoluto…

Golpearon a la puerta. Audret alzó la cabeza. Miró, pensativo.

—¿Sí? —indagó—. Pase.

Un gendarme entró, saludando respetuoso. Miró de soslayo a Fisher.

—Es confidencial, señor… —dijo a media voz.

—Hable. El señor Fisher es de toda confianza. ¿Algo nuevo?

—Verá, señor… Un compañero ha detenido a un vagabundo, en las cercanías de la estación de Montparnasse, dormido dentro de un barracón…

—¿Montparnasse? —Una rápida mirada de Audret se dirigió a Stuart Fisher, que enarcó las cejas, irónico. Destemplado, añadió—: Bien, ¿y qué?

—El vagabundo estaba borracho. Es un viejo truhan, cuya única debilidad son las chicas… Cuando le detuvimos, confesó que él no había hecho nada, que él no la había matado…

—Matado, ¿a quién? —estalló vivamente Audret, poniéndose en pie.

—A la chica del apartadero ferroviario de Montparnasse. Admitió haber creído que estaba dormida, e intentó… bueno, intentó aprovechar la ocasión. No fue muy lejos, cuando advirtió que estaba… muerta. Se refiere a Cecile Hunot, naturalmente, la chica que murió del corazón.

—¡Naturalmente! —Resopló Audret—. Lo suponía así, Henri. Termine de una vez. ¿Qué más ha dicho ese tipo?

—Bueno, que él…, encontró algo sobre la chica. Algo a punto de caer de su corsé, cuando pensó que ella dormía solamente…

—¡El muy cerdo! Termine, agente. ¿Y luego…?

—Luego, se quedó con aquel objeto, pero al notar que su piel estaba helada, la miró más detenidamente, descubrió que era un cadáver… y escapó sin acordarse más de lo que guardaba en su bolsillo.

—¿Encontraron ese algo que él se quedó?

—Sí, señor comisario. Lo llevaba aún consigo.

—¿Y era…?

—Un librito de direcciones, con algunas señas, apuntes, precios de artículos del mercado… y unos raros apuntes. Todo ello en letra burda, con faltas de ortografía, no fácil de traducir, la verdad, pero…

—Pero…, ¿qué, Henri? —Exasperóse el comisario ante la parsimonia de su subordinado.

—Que en esos apuntes creímos leer… cosas raras.

—¿Qué cosas, agente? —Fue Fisher quien hizo suavemente su pregunta.

—Bueno, cosas sin sentido… Menciona al profesor Grindwald, a un tal Zoltan Brecz… Dice algo que no está nada claro, sobre unos daguerrotipos y unos retratos… y añade algo sobre…, sobre un ser invisible.

—¿Invisible? —Pegó un respingo Audret, estupefacto.

—Eso dice, señor. Alguien que habla sin que sea posible verlo… Bueno, ya le digo que no hay nada claro del todo…

—¿Y ese librito…? —tronó el comisario.

—Lo tiene ahora el inspector Bernard. Dice que va a entregarlo al experto en descifrar claves y documentos, pero que era mejor que lo supiera usted antes y…

—¡Claro que era mejor! —Masculló Audret, dirigiéndose hacia la puerta, con paso firme—. Venga si quiere, Fisher. Después de todo, ni siquiera su imaginación había sugerido la existencia de ningún ser invisible… Vale la pena que echemos una ojeada a ese librito de apuntes de Cecile Hunot, la difunta doncella de los Grindwald…

* * *

—¿Doncella, dice usted?

—Bueno, o cocinera, o ayudante en alguna tarea doméstica… —le aseguro que tengo verdadera necesidad de trabajo, señorita…

—¿Trae usted buenas referencias?

—Pues… sí —mostró un escrito, tímidamente—. Éste es mi último trabajo, con la familia Delvaux. Vea las referencias. Sólo que ellos se debían ausentar a Bélgica y…

—Comprendo, comprendo —Ilonka Grindwald tomó el

documento y examinó la firma y sello—. Parece en regla, sí. Habla muy bien de usted. Pero parece muy joven…

—No lo soy tanto —sonrió la aspirante—. He cumplido los veinticuatro años, pero todos dicen que represento menos…

—Sí, bastantes menos. Yo le calculé veinte, señorita…

—Michel —se apresuró a responder ella—. Yvette Michel.

Ilonka contempló pensativa a la muchacha que acababa de presentarse a pedir trabajo. Reflexionó, con expresión inescrutable.

—Es curioso, señorita Michel —dijo—. Hace tres días que nos hemos quedado sin doncella…

—Oh, ¿es posible? —se animó el rostro de la joven.

—Sí, pero no se las prometa aún tan felices —cortó fríamente Ilonka—. No pensábamos tomar otra, por el momento.

—Por favor, señorita, le suplico que no haga eso. Cuanto menos, déjeme a prueba unos días, usted comprobará mi eficacia, y entonces decida… —el tono de la joven fue patético—. Créame, necesito este trabajo imperiosamente. Mi familia vive en Nevers, son humildes, mi hermano sufre parálisis, mi madre artritis y necesitan que yo les envía dinero para…

—Está bien —decidió Ilonka—. La tomaré. Pero con la condición de que su puesto es provisional. Si dentro de quince días no ha respondido satisfactoriamente a mis exigencias, sintiéndolo mucho prescindiremos de usted.

—¡Sí, sí, señorita, mil gracias! —gimió, agradecida, la muchacha.

—No me agradezca nada. Y no soy señorita, sino señora. Señora de Martin Grindwald. No voy a regalarle nada. El salario no es generoso, y el trabajo es duro. Mi marido es investigador, y además de la tarea de la casa, tendrá la de los laboratorios. Luego, si estamos satisfechos de usted, sus condiciones mejorarán notablemente, se lo garantizo.

—No sabe cuánto le agradezco todo esto. No tendrán queja de mí, ya lo verá, señora…

—Eso espero —se hizo a un lado, fríamente, dejando paso a la joven con su maletín—. Entre, Yvette. Pero antes de hacerlo, una última y muy importante advertencia.

—¿Sí, señora? —Los verdes ojos de Ilonka se cruzaron con la parda mirada juvenil de la nueva doncella.

—No quiero curiosos en casa. El trabajo de mi esposo exige total aislamiento, sin interferencias. Oiga lo que oiga y vea lo que vea, no debe curiosear en absoluto. Su primer fallo en ese terreno, no admitirá apelación. Será despedida inmediatamente, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, señora… er… Grandboul…

—No. Grindwald. G-r-i-n-d-w-a-l-d. Somos extranjeros: suizos.

—Sí, señora… Grind…vald. Y Dios la bendiga por esto.

La puerta de la residencia de los Grindwald, se cerró tras la nueva doncella.

Así entró Yvette Dorlacq en la vivienda de los asesinos de su padre.

* * *

—Lo siento, señor Fisher. La señorita Yvette sigue ausente. Está fuera de París.

—¿No ha escrito ni dejado mensaje alguno para mí?

—No, ninguno —negó la vieja criada de los Dorlacq—. Ni yo misma sé nada de ella. Se ha llevado poco equipaje. Todas sus ropas están aquí. Incluso sus prendas de luto.

—¿Las de luto? —Se asombró Stuart, arrugando el ceño.

—Raro, ¿verdad, señor? Pues le diré más: su pulsera de oro, sus mejores pendientes y su anillo predilecto, están en el joyero. También su más fina ropa interior, su calzado… No sé. Es como si hubiera decidido comprar un nuevo equipo al abandonar la casa.

—Pero ¿qué ropas se llevó?

—Aún es más raro eso —la vieja sirvienta sacudió la cabeza, con un suspiro—. De la revisión que hice de sus ropas, he notado que faltan sus zapatos más viejos y gastados, su vestido más sencillo… ¡y juraría que me quitó a mí unas medias de algodón, bastante viejas, que tenía guardadas en mi mesilla, señor! Sé que es ridículo, pero…

Stuart Fisher no entendía todo aquello. Se despidió de la buena mujer, y regresó, perplejo, caminando por el bulevar Beaumarchais, hasta que detuvo un carruaje de punto y le dio la dirección de la Sureté.

Era un día muy diferente a los anteriores de aquel invierno. No

había sol, el cielo estaba encapotado, y caían algunas gotas de lluvia, precursoras de mayores precipitaciones. El color del día era gris plomizo, y el aire húmedo y desapacible.

Se cruzó con un vendedor de periódicos que voceaba su mercancía junto a un quiosco de música, y detuvo al cochero para adquirir un ejemplar del *Paris Journal*.

Lo desplegó ante sus ojos, mientras rodaban por el empedrado de París.

Dio un respingo ante la noticia rotulada en primera página:

> AUDAZ ATRACO AL BANCO NACIONAL
>
> 10.000 francos desaparecidos. Dos cajeros y un conserje, asesinados brutalmente a cuchilladas.
>
> Nadie vio entrar ni salir a nadie. «Es como si los ladrones hubieran sido invisibles», declara el director del Banco Nacional a los periodistas.

Era la columna de última hora. El robo había sido cometido aquella misma mañana, antes de ser abiertos los establecimientos bancarios. La hora se calculaba entre ocho y ocho y media, cuando los empleados antes citados se disponían a preparar los fondos para los pagos del día, apenas abriesen las puertas del local.

Se prometían más novedades e información en la edición vespertina. Pero Stuart Fisher esperaba conseguirla de primera mano, a través del comisario Audret.

Poco más tarde, en la Sureté, tendía el periódico a Audret. Éste le miró, inquisitivo.

—¿Y bien, Fisher? —Quiso saber, malhumorado, mordisqueando un cigarro.

—Parece que eso del «personaje invisible» se repite en otro lugar ahora, ¿no, comisario? —Sonrió irónico el joven periodista neoyorquino.

—Ya sé todo eso —resopló Audret—. ¿Por qué lo ha relacionado?

—No sé. Las palabras de ese banquero me sorprendieron e intrigaron. Su antecesor fue acuchillado. También el conserje de la Morgue. Y ahora, los empleados de ese Banco. Nada de armas de fuego, nada de golpes: un arma blanca. Y se cita a unos ladrones que nadie vio…

—Deje ahora el asunto del Banco, Fisher. Comprendo que le intrigue, pero va a sentirse mucho más intrigado cuando sepa lo del librito de apuntes de Cecile Hunot, la doncella de los Grindwald.

—¿De veras? —El interés se reveló, agudo, en la voz de Stuart Fisher—. ¿Descifraron el jeroglífico?

—Ya lo creo. Y de verdad que era todo un jeroglífico. La pobre chica no sabía escribir. Tenía toda clase de faltas de ortografía, defectos de redacción, se «comía» letras en su escrito… De todos modos, nuestro experto ha traducido cosas peores que ésa, Aunque la verdad es que la muchacha no resultó demasiado clara ni coherente en sus conceptos. Pero no podíamos esperar que se tratara de un texto de Molière, diablos.

—Ciertamente. ¿Qué escribió, en realidad?

—Léalo usted mismo… previamente pasado en limpio. Y si entiende algo, no pida más. Es lo mismo que nos ha sucedido a todos, Fisher.

Stuart arrugó el ceño, tomando el papel escrito que le tendía el comisario Audret. Sacudió la cabeza, poco esperanzado.

—Si ustedes, que son franceses, no entienden nada… no sé lo que haré yo —musitó entre dientes.

—El hecho de que Champollion fuese compatriota nuestro, no significa nada en este caso —ironizó secamente Audret. [1]

—Ya —Fisher le miró, sarcástico, y echó su mirada cauta al extraño texto extraído de las páginas del pequeño librito de Cecile Hunot, la muchacha muerta hallada en las cercanías de la estación ferroviaria de Montparnasse:

> He encontrado daguerrotipo. Luego, retrato. El profesor no es. Zoltan Brecz tiene cara cambiada. ¿Operado? Estoy asustada… Tengo que irme. Esa voz… No había nadie. Y seguían hablando los dos. Estaba solo. No lo entiendo. ¿Será invisible? Creo que es invisible. Pero claro, no puede ser… Tengo mucho miedo, Señor…

—Que me cuelguen si entiendo mucho… —masculló Fisher, pensativo. Y volvió a leerlo.

—Esperaba que dijera algo así —rió Audret—. Eso tiene poco sentido, ¿no?

—Veamos… —Stuart se sentó frente a él. Empezó a releer pausada y fraccionadamente aquel raro texto—: Primero tenemos

«He encontrado daguerrotipo. Luego, retrato». Quiere decir que encontró dos cosas: un daguerrotipo y un retrato. Añade: «El profesor no es». ¿Quién no es el profesor? ¿El que representa el daguerrotipo o el retrato?

—Ah… —Gerard Audret abrió sus brazos, expresivo—. ¿Quién lo sabe, amigo?

—Sigue luego: «Zoltan Brecz tiene cara cambiada. ¿Operado?». Comisario, ¿quién es Zoltan Brecz? ¿Sabe algo de ese nombre?

—Nos hemos preocupado de ello: el ayudante del profesor. Desapareció de París. Se dice que está en Suiza, pero nadie está seguro de ello.

—Pero Cecile, que llevaba sólo unas semanas con los Grindwald, desde que volvieron de su luna de miel, sabe que Zoltan Brecz tiene la cara cambiada. Y se pregunta si se ha operado. ¿Del rostro? ¿Cirugía facial?

—Eso no está muy avanzado, Fisher.

—Según para quién. Frankenstein ya la utilizó hace más de tres décadas…

—¿Otra vez su dichoso Frankenstein, Fisher?

—Volvemos siempre a él, queramos o no. A su discípulo, el profesor. Pero dejemos eso. Cecile hace sus confidencias sobre su terror, sobre su idea de irse. Y sigue: «Esa voz… No había nadie. Y seguían hablando los dos. Estaba solo». Aquí dice bien claro que oyó y vio hablar a dos personas. Dos personas, de las cuales ella sólo podía ver a una. Eso puede explicarse si la otra se oculta, pero ella añade, desconcertadamente: «¿Será invisible? Creo que es invisible». Casi es una afirmación más que una creencia, comisario.

—¡Un invisible! —resopló Gerard Audret—. Su imaginación, mi querido amigo…

—Espere. Ella misma agrega: «Pero claro, no puede ser». Sin embargo, terminan sus apuntes con otra expresión de miedo. Y no aclara nada. Aunque tampoco niega su sospecha. En resumen: Cecile temía que había en la casa alguien invisible. Sabe que Brecz cambió su rostro, acaso por cirugía, pese a que, en buena lógica, nunca pudo llegar a verle. Y encontró un daguerrotipo y un retrato con los que relaciona la extraña afirmación de que «el profesor no es». Esto es lo que más me choca…

—A mí me choca todo, Fisher. La verdad, escueta y llana, es que

no entiendo nada.

—Un momento, comisario. —Fisher le miró con fijeza—. ¿Usted podría conseguir algún retrato anterior de Zoltan Brecz y de Martin Grindwald?

—Pues… de Grindwald, es posible que sea factible. De Brecz…, no sé. Siempre fue un oscuro investigador, un esbirro al servicio de Grindwald…

—De todos modos, inténtelo. Y pronto. Lo antes que pueda. Yo, por mi parte, voy a pedir unos datos a la Embajada de mi país, comisario. Tal vez puedan ayudarme.

—¿Datos? ¿Sobre qué? ¿Qué tiene que ver su país con todo esto?

—No sé… Pero nosotros, los periodistas, manejamos muchas veces material antiguo, cosas raras o pintorescas…

—¿Qué clase de cosas?

—Noticias que se publican o no, según los casos. Pero que uno lee, comenta, examina… Creo recordar allá, en Nueva York, algo sobre un científico norteamericano que buscaba la invisibilidad de los humanos…

—Por Dios, qué barbaridad —rió Audret—. ¿Va a conceder crédito a esa tontería?

—Debemos concedérselo a todo, absolutamente a todo lo que pueda significar algo. De otro modo, nunca podremos acusar de nada a Grindwald. He recordado ese detalle de la invisibilidad de los cuerpos, como teoría de un compatriota mío a quien calificaron de chiflado, por una simple razón.

—¿Sí? ¿Cuál, Fisher?

—Que, según aquella noticia, que creo que jamás publicamos, y de la que todos nos reímos de buena gana…, ese científico había sido compañero de cátedra o alumno en algún estudio o cosa parecida de… Víctor Frankenstein, allá en Suiza.

Gerard Audret abrió la boca, sorprendido. Y ni siquiera se atrevió a reír esta vez, ante la fértil imaginación del joven norteamericano.

CAPÍTULO VIII

La cena había terminado.

Yvette, pulcra y ordenada, retiró los servicios de las tres personas, tras una mirada curiosa, de soslayo, al hombre de los vendajes y de la faz inexpresiva, cuyos ojos se ocultaban tras negros lentes, y que cenaba con guantes. Debajo de éstos, se veían sus vendas también. Ilonka había explicado que era un viejo amigo americano, Morris Levin, que sufrió graves quemaduras en su país, durante un siniestro. Yvette no comentó nada.

Pero era curioso que el personaje no probase bocado ni bebiese un solo sorbo de vino en su presencia. Cuando ella volvía a por los servicios, Morris Levin había apurado ya su plato y su vaso. Y así en las tres o cuatro ocasiones en que regresó.

Una vez retirados los servicios, el profesor Grindwald y el americano vendado, se quedaron solos, hablando en el gabinete. Ilonka siguió a Yvette a la cocina. La joven hija del asesinado comisario Dorlacq no pudo evitar un leve escalofrío, cuando sintió a sus espaldas, mirándola fijamente a la nuca, a la extraña y fría esposa del profesor.

—Yvette…

—¿Sí, señora? —Se volvió vivamente, como si no supiera ya que la dama enigmática estaba allí, como hierática estatua tras ella.

—Yvette, estoy muy satisfecha de usted —dijo escuetamente Ilonka Grindwald.

—Gracias, señora —suspiró aliviada la joven—. Aún no he cogido mi ritmo de trabajo, pero…

—Estos dos días que lleva con nosotros han sido muy aceptables en todo. Es usted discreta, limpia y cuidadosa. Me gusta su modo de ser. Siga así, y no tendrá que arrepentirse, palabra.

—Sí, señora. Le prometo esmerarme cuanto pueda.

—Ahora la dejo. Esta noche, mi esposo tiene mucho trabajo. Si

oye ruidos, no se sorprenda ni salga de su habitación. Es muy irritable, y eso le disgustaría tremendamente. ¿Me hará caso?

—Claro, señora —afirmó Yvette, dócil, volviendo a su tarea con los servicios en la pila.

Ilonka Grindwald la estudió unos segundos en silencio, con su verde mirada taladrante, y luego abandonó la cocina, dejando sola a Yvette.

Ésta se apoyó, en el borde de la pila, sintiendo que su corazón palpitaba endemoniadamente en su pecho. Musitó para sí, aliviada:

—Menos mal… Creo que me he metido en una horrible ratonera. Pero tengo que descubrir quién mató a papá, cueste lo que cueste.

Y siguió su tarea, prometiéndose a sí misma que aquella noche no iba a cumplir las órdenes de Ilonka, por mucho que fuese el riesgo a correr.

* * *

Había sido una buena redada.

El coche celular de la Prisión Provincial, cargado de maleantes de la peor especie, se movía con pesadez en la tarde lluviosa, cuando estaba oscureciendo ya sobre París, y en derredor del Sena todo se festoneaba con las luces de gas callejeras. La lluvia pertinaz hacía el empedrado resbaladizo, y los caballos que tiraban del carruaje celular eran conducidos precavidamente por el vigoroso sargento Malraux, de la gendarmería del distrito del Sena.

—¡Vamos, vamos, arrapiezos! —ordenaba a los animales, manejando las riendas hábilmente, y haciendo restallar de vez en cuando la fusta sobre sus lomos—. ¡Trotad bien y con calma, o nos iremos todos al diablo! No quisiera ver este carruaje volcado, y esa gentuza escapando por ahí, maldita sea toda ella. El mejor de mis huéspedes de esta noche, sería capaz de matar a su padre por diez francos.

El agente Verneil se acomodaba a su lado, protegiéndose de la lluvia gracias a su kepis y al capote de su uniforme, pero aun así, aquella fina llovizna, helada como aguanieve, calaba hasta los huesos.

Dentro del vehículo enrejado y sólido, hasta una decena de rufianes, criminales y ladrones de la peor calaña, gruñían, maldecían y blasfemaban contra la ley, contra la policía y contra todo.

—Son como una jauría —comentó tristemente el agente Verneil, sacudiendo la cabeza—. Al menos les caerá a cada uno de ellos un par de años a la sombra, o quizá más.

—Yo les dejaría para siempre allí —rezongó el sargento, encajando sus vigorosas mandíbulas—. ¡Para lo que sirven andando sueltos, escoria del mundo!

Doblaron por el bulevar de Saint-Germain, en una zona donde las calles eran angostas, tortuosas y nada frecuentadas, y menos a aquellas horas de la noche. Las luces de gas se perdían entre la llovizna y la bruma. Parecían moverse en una ciudad solitaria o poco menos.

El sargento Malraux frunció el ceño. El suelo se hacía por momentos más resbaladizo, los caballos eran difíciles de controlar, y las ruedas se escapaban como si rodasen sobre una pista de jabón. Había que andar con sumo tiento, en un anochecer tan ingrato como aquél, y llevando semejante carga del diablo.

Repentinamente, al doblar una nueva esquina, entre una *boulangerie* ya cerrada y un café de iluminación tétrica, huérfano de clientes al parecer, lo vio.

Era un carruaje parado en medio de la calleja angosta, cerrándoles el paso. Un farol de gas iluminaba al vehículo, y eso impidió el choque. Tiró rápido de las riendas, con una voz a los caballos. Éstos frenaron a duras penas, levantando chispas en el empedrado. Y empezó a llover con más fuerza, por si las desdichas no fueran pocas para los dos colosos agentes de la ley.

—Cuando termine este servicio, tengo que ir a casa —se quejó el agente Verneil—. Mi esposa me prepara esta noche una *boullabaise* especial. Diablo, no me gustaría que se quedase fría en la mesa.

El sargento no respondió, pero gruñía y maldecía entre dientes, irritadamente. Saltaron a tierra con mal humor. Dentro del coche celular, la algarada era considerable.

—Por todos los diablos, ¿quién dejó el carruaje cruzado de ese modo? —Se enfureció el sargento Malraux, acercándose al vehículo —. Cualquiera diría que lo hizo a propósito para organizar un buen

cisco, maldita sea.

Llegó hasta el coche. No había nadie en el pescante. Tampoco en los alrededores. Las escasas tiendas vecinas aparecían cerradas a cal y canto, y las únicas luces visibles, aparte las callejeras, provenían de algunas ventanas altas, a medio cerrar sus postigos. Eso era todo. Ni un alma circulaba por la calle.

—Tendré que hacerlo yo —masculló Malraux, acercándose al vacío pescante—. *Sacre Coeur de Dieu…*

Subió al pescante, resoplando por su propia pesadez física. Cuando estuvo arriba, se dispuso a mover el carruaje, tomando las riendas. No hizo mucho más.

Del aire, como materializándose ante él, surgió una ancha hoja de centelleante acero, que se lanzó rápida hacia su cuello, pendulando en el vacío, sin nadie que la sujetara.

Desorbitó Malraux los ojos, aullando al tiempo que requería su pistola:

—¡Cuidado, Verneil, algo ocurre!

No siguió. No podía hablar ya, con sus cuerdas vocales hendidas, como el resto de su garganta, por los tajos del arma bailoteante en el aire. Un ser invisible, manejando aquella terrible hoja afilada, acababa de degollar sobre el pescante del carruaje misterioso, al sargento Malraux.

Verneil, por su parte, extrajo su pistola y corrió en auxilio de su superior, llegando a tiempo de ver el arma suspendida en el vacío, como obra de fantasmas o de brujería maligna. Pero al mismo tiempo, sus ojos descubrían algo mucho más terrible y espeluznante, en plena calle.

Bajo el farol de gas emergía de las sombras de la noche una figura dantesca, impresionante y horrenda. Una mujer erguida, rígida, ¡sin ropas, pese al frío y a la lluvia, moviéndose de modo fantasmal hacia él, con sus brazos lívidos extendidos, con sus ojos vidriados y su rostro convertido en una amarilla máscara de muerte!

—¡No, no! —Jadeó el policía, alzando su arma—. ¡Alto, alto, señora, quienquiera que sea!

La figura de largo cabello sedoso, rubio, avanzaba implacable, como un espectro. Una voz maligna susurró en la sombra de la callejuela:

—¡Mata, Denise, mata! ¡Mata!

Y Denise se movió hacia él, con sus manos extendidas como garras mortíferas. Verneil disparó dos veces su pistola, viendo como las balas agujereaban inexorables aquel cuerpo… ¡sin que la mujer desnuda se estremeciese, ni dejara tampoco de avanzar hacia él!

Alucinado, Verneil trató de escapar. La hoja sangrienta de acero, goteando rojo siniestro a la luz del gas, se movía veloz hacia él, suspendida en la lluvia.

Verneil tuvo, al menos, una buena idea. Alzó rápido su arma. Disparó contra la farola de gas. Esta dio un estallido, quebrándose sus vidrios y su mecha. Se extinguió la claridad y, con un alarido de pavor infinito, el desdichado agente Verneil se precipitó en la noche, en la oscuridad, con los cabellos erizados, al borde de la demencia, huyendo de aquel horror inconcebible que se le venía encima.

Dentro del vehículo celular, los presos gritaban y golpeaban las paredes del carruaje, clamando por su libertad, sabedores de que algo sucedía afuera a sus guardianes.

La misma voz ordenó en la sombra:

—Denise, ve a ellos. Cuando salgan esos rufianes… ¡mata, mata!

La mujer de ultratumba se movió, inexorable, hacia el carruaje celular. Lo mismo que el arma ensangrentada, en manos del ser invisible, fundido en las tinieblas.

Poco después, hasta diez presidiarios que salieran a la calle aullando su júbilo por la repentina, inesperada liberación, encajonados entre dos carruajes, aullaban como dementes, atacados por fuerzas incontrolables para ellos.

Y la muerte ensangrentó la calleja, bajo la lluvia, cuando el arma actuó sobre los bribones aterrorizados. Otros hallaron la muerte en las garras mortales de una mujer que no parecía de este mundo, y cuyas fuerzas eran las de un titán.

Esos últimos, aquellos cuyos cuerpos no fueron heridos a golpes de arma blanca, pronto desaparecieron del lugar de la tragedia, sin dejar rastro. Eran exactamente cuatro.

La lluvia seguía cayendo sobre París, ahora con intensidad. Sangre y agua corrían entre las rendijas del empedrado. Y cuando las gentes se atrevieron a salir, atraídas por aquellos gritos inhumanos de terror y agonía, no vieron sino un coche celular

asaltado, unos cuerpos sin vida, acuchillados… Un espectáculo harto frecuente en el París de entonces, en especial en las noches de invierno.

Allá, por alguna parte, un gendarme llamado Verneil seguía corriendo como un demente, pronunciando palabras ininteligibles.

Poco más tarde, esa misma noche, una joyería de la plaza Vendóme fue asaltada audazmente por alguien a quien nadie vio. Casi doscientos cincuenta mil francos en joyas valiosísimas, fue el botín del asaltante.

Pero nadie relacionó ambos hechos entre sí, cuando llegaron a la Sureté.

Nadie, excepto el comisario Audret. Y un periodista norteamericano llamado Stuart Fisher.

CAPÍTULO IX

—Ésos son los hechos, Fisher.

Stuart se puso en pie, sombrío. Pasó por la estancia. Se quedó luego mirando, muy fijo, al policía.

—¿Qué dicen los médicos sobre el agente Verneil? —preguntó al fin.

—Que sufre una crisis nerviosa terrible. Le han internado, inyectándole sedantes. No cree nadie que hable de nada coherente ni cierto. Parecía como loco cuando lo encontraron.

—Es para estarlo. ¿Usted qué piensa, comisario?

Audret resopló. Le costó trabajo responder de ese modo a su joven amigo yanqui:

—Me temo… me temo que su imaginación no fue demasiado lejos esta vez, si es eso lo que quiere saber —jadeó.

—No, no es eso lo que quiero saber. Verneil tiene en su informe escrito que llevaban en el coche celular a diez hombres de la peor especie, cogidos en la redada de los bajos fondos.

—Es lo cierto. Otro agente, que colaboró en la redada y no iba en el coche celular, lo ha confirmado plenamente. Diez sospechosos de homicidios, robos y atracos. Diez rufianes.

—Sólo había seis cadáveres en la calleja —recordó Fisher—. ¿Y los otros cuatro?

—No sé —se encogió cansadamente de hombros Audret.

—Verneil habla en sus delirios de un arma suspendida en el aire, movida por algo invisible sin duda. Y de una mujer sin ropas, caminando bajo la lluvia, con aspecto de cadáver, con unos ojos terribles…, a pesar de que era una hermosa muchacha.

—Exacto. ¿Qué deduce?

—Denise, la suicida. El cuerpo robado en la Morgue, está claro.

—Ya… ¿Y el hombre invisible?

—Y el hombre invisible, sí —afirmó Stuart Fisher, fríamente—.

Quizá… Morris Levin.

—¿Quién? —Pegó un respingo al comisario Audret.

—Morris Levin. Compatriota mío. Neoyorquino. Obtuve sus datos en la Embajada. Tienen su salida de Estados Unidos en el *George Washington,* con destino a El Havre. Y la confirmación de su llegada a Francia en ese buque. Su punto final de trayecto era… París.

—¿Por qué precisamente él? —Protestó Audret—. Muchos norteamericanos habrán venido a Francia últimamente.

—Sí, pero Morris Levin es hijo de Spencer Levin, científico que estudió con Víctor Frankenstein en Suiza. Y llegó a Francia envuelto en vendajes, al parecer víctima de un siniestro que nadie sabe a ciencia cierta cuál fue, y dónde sufrió las quemaduras. De igual modo salió de Nueva York.

—Vendajes… Le entiendo. Un ser no visible disimularía eso de algún modo…, cubriéndose cabeza, manos…

—Exacto, comisario. Spencer Levin investigó la no visibilidad de ciertos cuerpos, sometidos a un proceso en el cual, casualmente, también hay indicios de que estuvo interesado el profesor Grindwald.

—Las piezas van encajando, ¿no?

—No todas. Tenemos a esa mujer sin ropas, en París, en plena noche y bajo la lluvia. Un cadáver que anda. Y cuatro forajidos que desaparecen. ¿Qué explicación darle a todo eso?

—No sé… Recuerde que también tenemos el robo de la plaza Vendóme, las joyas por valor de un cuarto de millón. Otro robo importante… con un autor que parece invisible.

—Dinero, joyas… y asesinatos. Y cadáveres que desaparecen. Nada nos hace suponer que los otros cuatro forajidos estén vivos. Mataron al sargento y a seis de ellos a golpes de arma blanca. Eso, evidentemente, les inutiliza para sus fines. Pero si los otros cuatro murieron de un golpe, o estrangulados…, puede que resulten diferentes.

—¿Diferentes? Si están muertos, ¿dónde está la diferencia?

—Como la joven Denise, no habrá huellas de violencia en ellos. Se llevaron sus cadáveres, por tanto. La emboscada fue preparada con ese fin. Y ahora poseen… cinco cadáveres, como mínimo. Y un ser invisible. Extraño ejército, comisario…, para matar, robar y

sembrar el terror.

Gerard Audret le miró, preocupado.

—¿Cree que es esa la explicación? —Dudó.

—Estoy seguro de ello.

—¿Qué cree que pretende Grindwald, entonces?

—Justamente eso: obtener una fácil fortuna. Dedicarla a sus demenciales experimentos. Demostrar que él es más fuerte y más inteligente que nadie. Incluso más que el desventurado doctor Frankenstein, de tan triste memoria. Ser amo y señor de un ejército de *zombies*, capaces de aterrorizar a todo París… y sólo Dios sabe que más. Para ello cuenta con su esposa Ilonka, con ese aliado invisible… y con lo más importante: el secreto para dotar de vida a los difuntos.

—Dios mío… —sudoroso, el policía inclinó la cabeza, pasándose una mano temblorosa por el rostro—. Es espantoso todo esto, Fisher.

—Espantoso, sí —suspiró el joven periodista—. E increíble. Pero debemos aceptar los hechos. Empiezan a confirmarse, por desgracia. Hablemos de otra cosa, comisario: ¿obtuvo esos retratos de Grindwald y de Brecz?

—No, aún no. Parece que habrá una posibilidad de lograr algo, pero no es seguro. Simples grabados, si acaso. Grindwald jamás se hizo fotografías, ni fue visto apenas en público… Están buscando eso en la hemeroteca municipal durante todo el día, y espero de un momento a otro que algún diario publicase…

Golpearon la puerta discretamente. Audret suspiró, volviéndose a ella e invitando a pasar a quien llamaba. Era un gendarme de servicio, a quien Fisher ya conocía: Pierre, su inicial acompañante con el comisario Dorlacq.

—Buenas noches, señores —saludó el agente, respetuoso. Llevaba algo en la mano, que tendió al comisario.

—Hola, Pierre —saludó Fisher, con una media sonrisa—. ¿Todo va bien?

—Bien, señor. Como siempre. He hecho un turno de vigilancia cerca de la vivienda del profesor, como me ordenó el señor comisario… Por cierto, Grindwald ya tiene nueva doncella.

—¿De veras? —preguntó Audret, curioso—. ¿Cómo es la chica?

—Pues… no sé, señor. No pude verla bien, sino a distancia,

cuando recogía el periódico en la puerta, pero parece tener un tipo muy bonito. No es vulgar, ¿sabe? Pero no vi más. Quizá mi compañero René tenga más suerte. A él le toca la ronda de noche hoy, y esas chicas siempre andan de charla con tenderos y gendarmes, ya sabe usted.

—Sí, ya sé —miró el sobre que le entregaba el gendarme Pierre —. ¿Qué me trae aquí?

—Me lo ha entregado el inspector Jolliot, señor. Creo que es de la hemeroteca.

—¡La hemeroteca! —Estalló Audret—. ¡Por fin! Veamos esto, Fisher.

Stuart se acercó a la mesa del comisario. Éste rasgó el sobre, extrayendo dos recortes de periódico. En ambos aparecía un daguerrotipo de prensa. Y con ello, venía una fotografía borrosa, como todas las de la época, en color sepia desvaído. Iba sellada por la Embajada austro-húngara en la capital francesa.

—Vea… Éste es Grindwald y éste Brecz… ¡Pero no puede ser! ¡Tiene que haber algún error, Fisher!

—No. Parece que no lo hay, señor —negó vivamente Stuart—. Los daguerrotipos son del profesor Grindwald. Sus facciones están claramente dibujadas en el grabado. En cuanto a la fotografía, vea el nombre escrito por el funcionario diplomático: es Zoltan Brecz, el ayudante desaparecido.

—Pero… pero…

—Sé lo que va a decirme. Brecz es Grindwald. El Grindwald que hemos conocido no se parece en absoluto al del grabado. Ahora sé por qué le pareció tan joven a Dorlacq… En cuanto a ese otro hombre, si ha alterado algo sus facciones…, ahora ocupa el puesto de Grindwald.

—¿Qué cree que pudo suceder, en tal caso? —Se asombró Audret, perplejo.

—Me temo que el verdadero discípulo de Frankenstein fue asesinado… y otro discípulo ocupó, a su vez, el puesto: Zoltan Brecz. Con la complicidad, naturalmente, de la señora Ilonka Grindwald, que ahora lleva el apellido del profesor asesinado. Y es dueña de su fortuna, por supuesto. El hecho tuvo que ocurrir durante la luna de miel en el extranjero. Salió de París con un hombre, y regresó con otro. Recuerde que el profesor nunca sale de

casa, nadie le ve… y Cecile era nueva en el servicio. Todo encaja, ¿no?

—Demasiado bien —jadeó Audret—. Ahora sí podemos caer sobre ellos, ¿no?

—No sé. Me temo que todo lo tengan previsto y se le escapen de entre las manos. Si huyen, montarán su horrendo tinglado en otra parte. Debe ir con mucho tiento, comisario. E impedir que Ilonka y Brecz puedan evadirse de París.

—¿Y el hombre invisible?

—Ése también debe ser aprehendido.

—¿Cómo?

—No sé… Ha de haber un medio —suspiró Fisher—. Déjeme pensar, comisario. Por esta noche, no creo que se aventuren a salir nuevamente por las calles de París. Ya han logrado en pocas horas dos de sus objetivos. Sea lo que fuere, lo que hoy haya de suceder, tendrá lugar en su casa. Y allí, desgraciadamente, nadie puede entrar sin ser advertido.

CAPÍTULO X

Realmente, era una noche muy movida en la vivienda de los Grindwald.

Yvette escuchó, aguzando cuanto pudo su oído. Tenía bien encajada la ventana, ajustada la puerta y asegurada con pestillo. Los ruidos le llegaban confusos, pero había creído identificar la llegada de un carruaje por la parte trasera, la descarga de algo, introducido en la residencia, suaves murmullos de voces algo excitadas…

Luego, el chasquido de la puerta del sótano, que le resultaba inconfundible. Y después, silencio. Un silencio que duró casi una hora. Hasta que comenzó de nuevo el zumbido.

El zumbido…

Era raro. Ahogado, sordo y penetrante a la vez. Hería los oídos si duraba mucho tiempo, cosa que por, fortuna no sucedía, puesto que llegaba a ella con intermitencias misteriosas. No sabía identificar qué clase de aparato o instrumento podía producir aquel zumbido tan inquietante.

Procedía del sótano, estaba bien segura. En el sótano, esa noche, se estaba haciendo algo. Pero no podía ni siquiera sospechar el qué.

Cuantas veces limpió el laboratorio, no halló nada sospechoso. Material de trabajo, ingredientes químicos, libros de apuntes y pocas cosas más. También aquella puerta de hierro, siempre hermética. No sabía dónde podía estar la llave de esa puerta. Pero sí había entrevisto, casi oculta en los senos de Ilonka, una pequeña llavecita plateada, colgando de una cadena del mismo metal. Tal vez era aquélla. Pero no podía ni soñar en obtenerla.

Y menos ahora. Esta noche. Porque quería curiosear. Averiguar algo. Ahondar en el siniestro misterio de aquella casa y aquellas gentes de las que tanto sospecharan su padre y su amigo Stuart. Y donde, sin duda, fue asesinado su padre para que no revelase lo que había descubierto.

Ésa era la razón de su audaz aventura, representando el papel de doncella. Ignoraba si las referencias, hábilmente falsificadas, o sus modales y comportamiento, habían engañado del todo a Ilonka. Había que tener cuidado con ella. Era hábil, fría y astuta como pocas. Su mirada tenía un algo taladrante, casi anormal, que producía escalofríos.

Pero no podía resignarse a continuar allí, día tras día y noche tras noche, sin hacer nada. Alguna vez era preciso arriesgarlo todo. Ahora, por ejemplo.

Se puso en pie. Sólo vestía sobre su figura el corpiño, el corsé y las medias de algodón barato, que suplían a las que hurtara a su vieja doncella. Sonrió al recordarlo. No podía cometer el error de vestir inadecuadamente a su pretendida condición social.

Puso sobre sus bien torneadas formas de mujer joven, en su plenitud vital, unas ropas oscuras y ligeras. No quería nada que la estorbase. Abrió su maletín y hurgó en el doble fondo que dispusiera, bajo una tapa de piel cosida. Le fue preciso descoserla. Extrajo una pequeña pistola, que ocultó entre sus ropas. No iría desarmada, por si las cosas se presentaban mal.

Se movió hacia la puerta, decidida. Apagó la luz de la mesa. Ya en tinieblas su alcoba, se detuvo junto a la puerta y escuchó. Ni un solo ruido, salvo aquel zumbido… Tomó una palmatoria con una vela apagada. Si Ilonka la sorprendía, podría decir que había sentido necesidad de bajar a la cocina, con cualquier pretexto, y se le apagó la vela.

Corrió el pestillo sin hacer el menor ruido. Giró el picaporte y salió al corredor en sombras. La luz de la escalera proyectaba zonas de oscuridad casi fantasmales. El zumbido había cesado. El silencio en la casa era realmente estremecedor.

Esperó. El zumbido no se repetía. Eso la disgustó. Si habían terminado su labor en el sótano, podían salir en cualquier momento y…

No, no era así. El zumbido volvía. Respiró con alivio. Salió al corredor. Cerró tras de sí suavemente, sin girar la llave. Eso le ayudaría en su retirada, si era demasiado precipitada, caso de ponerse mal las cosas.

Avanzó por el corredor. En la planta alta no vivía nadie, a menos que el extraño huésped de sus amos, el hombre de los

vendajes, hubiera sido cambiado de alcoba, cosa que ella ignoraba. Pero debía correr el riesgo de ser oída.

Sus pasos no produjeron ruido en la alfombra. Empezó a bajar la escalera, con el corazón palpitándole fuertemente, con sus nervios tensos, y las palmas de las manos levemente húmedas.

Abajo tampoco vio a nadie. Puertas cerradas, el reflejo de la única luz que quedaba toda la noche encendida, cuadros, adornos, cortinajes, y nada más. Al fondo…, la puerta.

La puerta del sótano. Su obsesión.

Todo lo que sucedía en aquella casa había de tener necesariamente su razón de ser allá abajo. Tras la puerta de hierro del laboratorio subterráneo. Yvette estaba segura de ello.

Empezaba a sentirse insegura. No era miedo, pero sí aprensión. Si al menos supiera Stuart dónde estaba ella metida ahora… Pero no, eso era imposible. Si se lo hubiera dicho, él la hubiera disuadido. No hubiese permitido en modo alguno que continuara adelante con la peligrosa aventura.

Era mejor así. Descubriría lo que estaba sucediendo. Cuando tuviera evidencias, podría salir de la casa para no volver. Si esta noche llegaba al fondo de la cuestión, al día siguiente partiría al mercado… y nunca regresaría. La policía acudiría en su lugar, a encerrar a aquellos monstruos.

Pero aún no sabía nada de nada. Estaba moviéndose en tinieblas. Avanzó, paso a paso, hacia el acceso al sótano. Era el mismo camino que el de la cocina. Pero pronto tendría que dejar ésta atrás, y su pretexto no serviría ya, caso de ser sorprendida.

Lo de menos era ser despedida por curiosa. Lo peor es que ellos sospecharan y…

No quería pensarlo. Había cosas que asustaban más que la misma muerte.

Ya estaba ante la puerta. Naturalmente, ésta se hallaría cerrada, si había alguien abajo, como el zumbido denotaba. Pero nada perdía con probar.

Y probó.

No. No estaba cerrada. El corazón le dio un vuelco. Por alguna misteriosa razón, la hoja de madera estaba solamente ajustada. A fin de cuentas, ¿quién podía importunarles a ellos, en plena noche? Estaban seguros de sí mismos. No temían nada.

Hizo un leve chirrido la puerta, Se detuvo, acongojada, trémula. Pero el zumbido de abajo lo ahogaba todo.

Abrió. Lo suficiente para pasar su cuerpo. Entró. Cerró tras de sí, con un leve suspiro. Había luz, aunque tenue, iluminando la angosta escalera descendente. Una luz que hacía sombras en torno, que proyectó su figura de modo monstruoso en el muro, cuando empezó a descender uno, dos, tres escalones, con paso firme, sigiloso.

Yvette estaba ya lanzada a la aventura decisiva. No se detuvo. Tenía una oportunidad ante sí, e iba a apurarla, a todo riesgo. Llegó abajo, al laboratorio.

Se ocultó tras una columna. Contempló las retortas, los tubos y serpentinas, los alambiques y matraces. Unas lámparas de gas daban claridad fantasmal a la larga y desierta pieza. No había nadie allí.

Y al fondo…

¡Al fondo, aparecía, abierta, la puerta de hierro! La contempló, como fascinada. Sus ojos centellearon. Apretó los labios, sintiendo que el corazón iba a escapar de su pecho. Era todo demasiado fácil, demasiado hermoso para ser cierto… Ellos nada temían, nada sospechaban. No habían tomado precauciones exhaustivas.

El zumbido venía de allá dentro. De repente, cuando ella pisaba el laboratorio, cruzándolo decidida, se paró en seco. Se hizo un silencio impresionante.

Miró angustiada en torno. Oyó pisadas. Pisadas que se acercaban. El terror la agarrotó. Pero aun así, tuvo el tiempo justo de ocultarse tras una ancha esquina del gran sótano destinado a laboratorio, no lejos de la mesa de trabajo del profesor.

Por la puerta del fondo, aparecieron Ilonka y su esposo. Vestían bata blanca y guantes de un raro material, parecido a la goma o al caucho. Parecían satisfechos. La frente del profesor brillaba con la transpiración.

—Lo logramos… —jadeó el sabio—. Estamos en el buen camino, Ilonka querida…

—Sí, Zoltan, mi amor… —¡Le llamaba Zoltan! Yvette no entendió bien eso. Ella seguía—: Ahora, a conquistar esta ciudad. Y todas las ciudades del mundo. El gran invento de Martin Grindwald, para nosotros. Tú y yo, Zoltan. Los nuevos Frankenstein…, pero mucho más perfectos que él.

—¿Y yo? —Sonó una voz fantasmal en el vacío.

Se volvieron ambos. Contemplaron la nada, mientras Yvette pestañeaba, aturdida. Parecieron hablar con el aire:

—Tú, Levin, vas a tomar esta noche tu segunda dosis —sonrió Zoltan Brecz—. Lo prometido es deuda. Después de colaborar en la muerte de ese sargento de policía, de los seis rufianes y después del robo de las joyas, te mereces tu dosis B.

—¿Y la dosis C? —indagó la voz fantástica.

—Te prometo que la tendrás pronto. Antes de una semana.

—¡Una semana! Es demasiado.

—Suficiente. Debes tener paciencia. Es cuanto necesitamos para formar un grupo inicial de diez o doce cadáveres vivientes… y de amasar una fortuna de al menos dos millones de francos, Levin. Entonces será tu hora de volver a ser como eras. Pero ya tras esta dosis… —Se acercó a la mesa de trabajo de laboratorio, muy cerca de Yvette, y estiró sus manos, tomando un tubo de ensayo con un líquido burbujeante, color ámbar, dentro de él. Lo agitó, y el líquido pareció hervir. Riendo suavemente, añadió Zoltan—: Después de esta dosis, amigo Levin, empezarás a ser algo visible. Como vidrio.

—Eso ya será algo —jadeó ávidamente el invisible—. ¡Dámelo!

—Aquí lo tienes. Es tu segunda dosis. No tendrá buen sabor…, pero es eficaz.

Ante la mirada horrorizada de Yvette, el tubo de ensayo colgó en el aire, flotando en movimiento. Luego se destapó el recipiente, goteó en el aire el líquido, pareció flotar, hecho una masa… y luego se diluyó mágicamente.

—Ya está. —El tubo de vidrio se quebró en el suelo—. Cielos, espero que sea cierto, Brecz…

—No tengo por qué engañarte. Me eres muy útil como invisible. Pero aun así, puedes ayudarnos… porque tu cristalización de tejidos será temporal. Luego volverás a la invisibilidad, por períodos de cierto tiempo, y apenas ingieras tu alimento, de nuevo cristalizará tu cuerpo. Lo siento, pero cuando haya alguna acción, deberás permanecer en ayunas —rió Zoltan.

Ante los ojos atónitos de Yvette, se produjo una mutación increíble. En el aire, donde antes no había nada, se siluetó una figura, unas arterias, unas venas, unos nervios, unos tejidos y vísceras vidriosas, como cristal transparente, hasta formar la figura

de un hombre por dentro, sin envoltura epidérmica… Un rostro hecho de huesos y músculos, de ojos y fibras, sin epidermis. Una horrible visión vidriosa, en movimiento, que incluso habló:

—Oh, era cierto… ¡Empiezo a ver algo de mí!

Era demasiado. Lívida, Yvette se encogió, amedrentada. No debió hacerlo. Su cadera golpeó el borde de la mesa. Ésta tembló, derribando una probeta que se hizo añicos.

Rápidos, se volvieron los tres monstruos hacia aquel rincón. Yvette chilló al ver venir la figura de vidrio, y buscó en sus ropas, desesperada. Extrajo la pistola. El hombre invisible estaba ya cerca de ella, extendía sus manos de tendones de cristal, para aferrar su garganta.

—¡Yvette, la doncella! —rugió Ilonka—. ¡Nos estaba espiando! ¡Mátala, Levin! ¡En seguida!

—¡No! —aulló Zoltan—. ¡Espera! Tal vez la envió la policía.

Vaciló Levin. Eso salvó momentáneamente a Yvette, que disparó su pequeña pistola sobre la figura vidriosa.

Fue horrible. En aquella silueta cristalina, se formó un boquete, sobre el propio pulmón apenas siluetado.

Una mancha roja se abrió en el aire, como un abanico. Goteó sangre al suelo, fluyó sangre entre la respiración repentinamente jadeante de Levin.

—¡No, no! —gritó exasperado Zoltan—. ¿Qué has hecho, maldita? ¡Has matado al hombre que iba a convertirme en el más poderoso ser del mundo! ¡Ese hombre era mi esclavo para siempre, porque jamás, jamás, sería visible del todo, salvo en breves momentos de su vida!

Las manos de vidrio crispábanse cerca del cuello de Yvette. Al oír esas palabras, se produjo un súbito encogimiento en Levin. Con estupor, dolorido, se revolvió. Habló, espumeando sangre sus labios invisibles. El rojo líquido corría de su herida, copioso.

—Canalla… —silabeó—. ¡Traidores los dos! Mentíais. No era cierto… Yo nunca sería como los demás.

—No podía decirte la verdad —masculló Zoltan, alarmado—. Tu invisibilidad es un mal… que no tiene solución definitiva. Jamás debiste experimentar lo de tu padre, Levin.

—Cobardes… Sucios mentirosos… ¡Sólo era un instrumento para vosotros! —Tosió, vomitando sangre—. ¡Os destruiré! ¡Os destruiré

a los dos! Sé cómo hacerlo… El electrón…

—¡No! —chilló Ilonka, impresionante, alzando sus brazos—. ¡Venid aquí, mis leales! ¡Matad, matad! ¡Matad a esos seres malditos! ¡Venid todos!

Yvette, angustiada, había dejado caer su arma, tras herir al invisible. Ahora, su mirada dilatada se fijaba en la puerta de hierro del fondo… por la que empezaban a salir seres en movimiento, seres rígidos…

Un alarido de horror sin límites escapó de sus labios. Aquellos seres… estaban muertos. Eran *zombies*, máquinas humanas, cuerpos rígidos, amarillentos, insensibles. Ojos vidriosos, horrendos, fijos en ella… Desnudos, en una desnudez penosa, triste, de Morgue en movimiento.

—¡Matad! —aullaba Ilonka, casi trágicamente, agitando sus brazos.

Y ellos obedecían. Ellos rodearon a Morris Levin, el invisible. Éste chilló y chilló, debatiéndose entre garras de muerte, entre rostros dantescos que le miraban sin sensibilidad.

Otros cuerpos lívidos se movían ya hacia Yvette. Ella corrió a la escalera, chillando. La voz de Ilonka avisó:

—¡No lograrás nada, maldita intrusa! ¡Nada puedes contra mí ni los míos! ¡Matad! ¡Seguidla, matad!

Yvette cayó, sollozando, rotos sus nervios, en los escalones. Los muertos se movían hacia ella, estaban cerca, muy cerca, caminando sobre sus horribles pies desnudos. Sus alaridos rasgaban el aire, en demanda de un auxilio imposible…

Y de repente…

—¡Yvette! ¡Yvette!

Aquella voz… ¡Aquel grito…! Ella alzó la cabeza.

—¡Stuart! ¡Stuart, aquí, Dios mío!

Hubo estampidos de arma de fuego. Crujido de una puerta que cedía. Zoltan Brecz lanzó un grito de ira, se volvió hacia Ilonka.

—¡La policía! —aulló—. ¡Viene gente!

Ilonka, impávida, seguía ordenando, como en trance:

—¡Matad, matad!

Y los muertos vivientes sí parecían dispuestos a matar. Yvette los sentía, fríos y malolientes en torno suyo.

Aparecieron arriba Stuart Fisher, un grupo nutrido de

gendarmes armados. Se enfrentaron, alucinados, a aquel horror.

—¡Stuart! —chilló ella, desesperada, arrastrándose por los escalones, hacia él—. ¡Son muertos, muertos que viven!

Los gendarmes abrieron fuego violentamente. Una rociada de balas que no hizo nada, salvo agujerear aquellos cuerpos sin vida propia. Ellos siguieron sus acciones, evitando que Yvette se moviera, fuese hacia Stuart…

Fisher saltó por entre ellos, notó su fuerza titánica, y escapó milagrosamente a su garra. Vio el cuerpo vidrioso, que se agitaba en el suelo. Y la mano del yacente medio visible, se extendió, agónica, hacia la puerta de hierro. Unos ojos patéticos se fijaron en Fisher.

—El electrón… —jadeó—. Destrócelo… y todo terminará…

Fisher asintió. Zoltan, rápido, se puso en su camino. Stuart Fisher disparó sin piedad, lanzándole atrás, contra el muro, con un balazo en el hombro, astillado su hueso. Ilonka gritó, tratando de interponerse.

Fisher la eludió, mientras miraba atrás, angustiado, a las manos yertas pero terribles que rozaban ya a Yvette, pese a los esfuerzos de los gendarmes, que caían a ambos lados, triturados por la fuerza de los difuntos dotados de vida.

Stuart alcanzó el almacén, saltó entre los objetos y se enfrentó a la mesa donde yacía aún Denise, despierta en su horrible vida artificial, mirándole con ojos desorbitados y feroces. Ilonka, tras él, gritaba, corriendo a impedir lo que Stuart pretendía.

Éste se encaró al extraño artilugio, dotado de serpentines, cables y conexiones, tras de la mesa donde yacía el cadáver viviente de Denise.

Disparó dos, veces, tres, su revólver, hasta vaciarlo, sobre el artilugio misterioso.

—¡No! —Chilló Ilonka—. ¡Eso no, maldito!

Saltaron chispas, centelleos… Denise se agitó, convulsa, rodó por el suelo, su carne despidió un hedor a putrefacción…

Pero lo terrible sucedió con Ilonka.

Porque la esposa de Grindwald, con ojos desorbitados por el pánico, estaba parada ahora, completamente inmóvil, empezando a descomponerse, a gotear purulencias y hediondez a tierra, estirándose sus facciones, descomponiéndose sus manos, abriéndose sus ojos en un horror indescriptible.

—Usted… —jadeó Fisher—. ¡Usted también estaba muerta!

Ilonka Grindwald yacía a sus pies, hecha una masa hedionda de putrefacción humana. Saltó sobre aquella charca horrible, corrió al exterior…

Zoltan era rodeado por los gendarmes. Yvette corría hacia él, sollozando, histérica pero feliz. Los muertos rodaban por el suelo, como peleles, roto el poder mecánico que los hizo volver de las sombras.

Y en el suelo, Morris Levin, al fin visible, moría con un suspiro de satisfacción en sus labios, vuelto a la normalidad justamente con la llegada de la muerte.

—Yvette, mi vida —susurró espontáneamente Fisher, abrazándola fuertemente contra sí—. Esta noche, cuando el agente me informó de que la nueva doncella de los Grindwald había salido a depositar fuera las basuras y le resultó tan asombrosamente parecida a… a Yvette Dorlacq, lo entendí todo. Acudimos todo lo deprisa que nos fue posible, temiendo lo peor. Y lo peor estaba en marcha.

Se volvió a Zoltan Brecz, prisionero ya de los gendarmes, y sacudió la cabeza con náusea.

—La guillotina terminará con la carrera de otro discípulo de Frankenstein —dijo—. Pero una pregunta aún, Brecz: ¿cómo es posible que ella, la esposa de Grindwald…, Ilonka, fuese también un cadáver?

—Eso sólo Grindwald pudo hacerlo —jadeó Zoltan Brecz—. Lo sospeché más tarde, cuando ya habíamos matado al profesor. Creo que le falló un experimento con su prometida y ayudante… y la mató. Luego, artificialmente, la hizo revivir, apenas muerta. Se hizo a la idea de que la había resucitado. Y yo… yo también. Pero no era cierto, ¿verdad?

—No, Brecz, no era cierto —se estremeció, mirando a la puerta de hierro—. No era cierto. Si quiere comprobarlo, no tiene más que mirar ahí adentro… lo que queda de ella… ¿Vamos, Yvette? Esta casa huele demasiado a muerte. Como la propia Morgue…

La rodeó con su fuerte brazo. Caminó hacia la salida. Se cruzó en el corredor con más gendarmes, al mando del comisario Audret. Ambos hombres se miraron, significativamente.

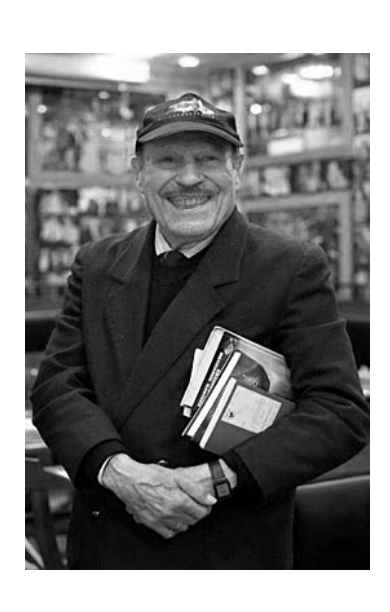
—Asunto cerrado, comisario —susurró Fisher—. Gracias a

Dios…

Y salieron a la calle.

Llovía en París, pero era agradable sentir la fría lluvia, fuera de aquella casa. Con Yvette a su lado…

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] Alude a Champollion, que en 1822 dio por terminada la traducción de la Piedra Rossetta y, con ello, abrió el camino para la interpretación de los jeroglíficos egipcios. <<